

COMEDIA FAMOSA.

EL MAESTRO DE ALEJANDRO.

DE DON FERNANDO ZARATE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

<i>Alejandro.</i>	<i>El Mariscal.</i>	<i>Aristóteles.</i>	<i>Un Alcayde, y músicos.</i>
<i>Tabaco, Gracioso.</i>	<i>El Rey.</i>	<i>Julia, Princesa.</i>	<i>Octavia.</i>
<i>Elena.</i>	<i>Lidoro.</i>	<i>El Infante Camilo.</i>	<i>Una Dama.</i>

ACTO PRIMERO.

Sale Lidoro y músicos.

Lid. El gran Príncipe Alejandro se levanta ahora : suenan los instrumentos : cantad al sucesor del Oriente.

Sale con ostentacion Alejandro, y criados, que le dan de vestir, y cantan los músicos, y sale Tabaco.

Mús. De los luceros de Octavia, negros arpones de amor, sale quejándose el alba, de que se oponen al sol.

Alej. Qué mucho, si mi albedrío esa deidad sujeró ?

Ay Octavia ! Proseguid : la espada.

Lid. Bien le sonó.

Mús. Por entendimiento alumbran, que como deidades son, tiran al alma derechos los rayos de dos en dos.

Alej. Mi espíritu lo dirá, pues de esas luces vivió. La capa : proseguid. *Tab.* Buenos : yo llevo á toda ocasión.

Mús. De sus mismas claridades vista cobró el ciego Dios, que ve por la voluntad las luces de su favor.

Sale al paño Aristóteles con barba venerable.

Aris. Por Maestro de Alejandro del Rey elegido estoy,

peligro corre la ciencia donde falta la razon.

Quiero mirar desde aquí este Príncipe (el mayor que tiene el Orbe) la luz que su espíritu sacó.

Alej. Denlos cuatro mil ducados por el tono, letra, y voz.

Un Músico. Gran Príncipe !

Otro Músico. Es Alejandro, que no hay mas ponderacion.

Arist. Por cantar un tono da un señor como señor, claro está ; pero si diera al pobre lo que les dió á los músicos, no dudo que fuera el tono mejor ; que no hay voz que sea divina, si la caridad faltó.

Alej. Lidoro amigo, no oiste esta divina cancion en alabanza de Octavia ?

Lid. Como la compuse yo, no me toca la alabanza.

Alej. Toma este diamante. *Lid.* San las Musas que me inspiraron, deidades de tu valor.

Arist. El premiar á los ingenios es de un Príncipe blason. Si lo escribió el poeta, (que pocos escriben hoy) es egemplar, que los versos, que escuchan con atencion

á enamorar, no merecen,
ni lauro, ni estimacion.
Los que enseñan á vivir
con virtud alabo yo,
porque aquestos son escritos
á la luz de la razon,
y aquellos á la delici:
y se distinguen los dos,
en que los unos son cuerdos,
y los otros no lo son;
pero el mundo está de suerte,
que se premia lo peor.

Alej. Es publico, que yo adoro
á Octavia? *Lid.* Gran Señor,
y no hay ninguno que diga,
que por gala, y discrecion,
aunque no hubiera nacido
primogénito del sol,
que no merece de Octavia
(dejo aparte tu valor)
la celestial hermosura.

Alej. Aunque fue mi inclinacion
por hijo de Marte, siempre
aquel encendido ardor
de la guerra, mi albedrío
Octavia sola rindió.

Lid. Pues no basta tu grandeza
para abrasarse de amor
la diosa de la hermosura?

Arist. Ha lisonja! Quien te dió
entrada en el alma, puso
á gran peligro su honor.
Qué dulcemente se encuentra
á la voz de este Arion
un Príncipe divertido!
Con la verdad te engañó.
Que es galan, dice Lidoro
al Príncipe, y no mintió:
pero sirve su lisonja
de capa á la adulacion;
y verdades con lisonja,
ni lo han sido, ni lo son,
pues llevan para no serlo
el engaño, y la ambicion;
esta, mentira con alma,
y aquel, fábula con voz.

Alej. Tabaco. *Tab.* Señor. *Alej.* Por qué
estando aquí no has llegado?

Tab. Señor, como estaba dado
á las musas no llegué.

Alej. Haces versos? *Tab.* Cual, y cual.

Alej. Son cómicos? *Tab.* Señor, si,
soy poeta frenesí
con locura virginal.

Alej. Viste á Octavia? *Tab.* Vi su mucha
discrecion, gala, y belleza

en esta pintura. *Alej.* Empieza.

Tab. Al vivo la pinto, escucha:

Salió Octavia, y salió el sol,
y asiéndole dei esbello,

por quitame allá esas luces,
puso el dia como nuevo.

Pues qué diré de los ojos?

Es locura hablar en ellos,
pues teniendo esclavos blancos
se servian de dos negros.

Mirados á buena luz,
con linda estrella nacieron,
pues las niñas cada noche
se echan á dormir con ellos.
Las cejas negras, en blanco
vistieron el terciopelo,
y sobre nieve salian
las pestañas de los cielos.

Un clavel enano andaba
por su boca tan risueño,
que dió de mano á la boca
con el alba, cuando menos.
Como está el Príncipe, dijo;
respondí; su mal no entiendo,
en no viéndote está malo,
pero en viéndote está bueno.

Rióse con señorío,
quiero decir, con dos reinos,
porque la boca partía
con la risa los imperios.

Qué mal tiene, replicó?

Respondile á lo discreto:

Señora, de mal de Octavia
pienso que se está muriendo.

Enterneciése, y llevando

á los ojos el lienzo,

(que cuando lloran las damas
se enriquecen los pañuelos)

le comunicó al cambray

á solas su sentimiento:

con que al nevado cenital,

bien á costa de su dueño,

le vino como nacido

de perlas este secreto.

Ha Señor! Si la miraras
esparcir sobre su cuello,

en dos partes dividido

el cabello, y sin aseó

volar luces por el aire

á bajar á su elemento.

Yo muchos palos he visto,

pero tan largo, y tan bello

no espero verle jamas:

y si tú le ves, sospecho,

que te llevan aquel dia,

si tienes entendimiento,

asido de voluntad,
 al cielo por un cabello.
 Díjome: dile á Alejandro,
 que el Rey su Padre ha dispuesto
 darle á la Princesa Julia
 por esposa, que el decreto
 bajó ahora, según dicen,
 del solio de su consejo:
 que ya te verá esta tarde,
 si me concediere el tiempo
 vida, para que se diga
 la gravedad de mis zelos.
 No pudo pasar de aquí,
 porque se asomaron luego
 al blanco de las pestañas
 unos pedazos de cielo,
 tan bellos, y tan hermosos,
 que dijeron los luceros,
 que son plateros del sol,
 mirándolos muy atentos,
 que con ser perlas tan niñas,
 que no las hallaban precio.

Arist. Bien este necio ha pintado
 en sus amorosos versos
 á Octavia, de ingenio son,
 pero es vicioso el ingenio.
 Qué doctrina sacará
 este engañado mancebo
 desta pintura amorosa?
 Animar vivos incendios
 al amor; turbar el juicio,
 dañar el entendimiento,
 y destruir por un gusto
 los reinos y los imperios.
 Mucho pudiera decir
 en razón de los ingenios,
 pero pase por cordura
 lo que se deja en silencio,
 que no faltará ocasión
 para decirlo á su tiempo.
 Salgamos á reprimir
 juveniles desaciertos,
 que los discípulos viven
 en cuanto dura el maestro.
 Alejandro, Gran Señor?

Sile Aristóteles.

Arist. Ya, Aristóteles, culpaba
 vuestra ausencia. *Arist.* Si tardaba
 el deseo, no el amor,
 y es fácil el argumento;
 porque si la imagen vive
 en aquel que la recibe
 por luz del entendimiento:
 y vos en mi pecho estáis
 por lealtad, y por amor,
 cuando no os veo, Señor,

en el alma os retrataís.
 Y es discurso prevenido,
 y muy conforme á razón,
 el ver por el corazón,
 y no ver por el sentido.

Alej. Quedamos solos? *Tab.* No dura
 la dicha con el agravio:
 mil lucados este sabio
 me quita de mi pintura.

Vase, y quedan solos.

Alej. Aristóteles. *Arist.* Señor.

Alej. Pues por sabio consejo
 os tiene mi padre, y yo
 por amigo, y por maestro,
 fuerza será que me deis,
 como quien sois un consejo.

Arist. Señor, el peligro está
 en acertar con el bueno,
 que dar consejo es muy fácil;
 y por mas difícil tengo
 el admitirlo, que el darlo:
 porque si el sabio mas diestro
 le da contra la opinion
 del que le pide, sabemos
 que se pone á dos peligros:
 uno, á disgustar el dueño;
 y otro, á disgustarse á sí;
 y es desgracia del sugeto,
 que aplicando un defensivo,
 para dar vida al enfermo,
 le desprecian la triaca,
 y le apliquen el veneno.

Alej. Bien sabéis cuanto os estimo.

Arist. Y vos sabéis lo que os quiero:
 pero el gusto de un señor
 es delicado instrumento.
 Si os habeis de disgustar
 del consejo, y de su dueño,
 miradlo bien, porque yo
 he de decir lo que siento.
 Y porque templeis la ira,
 si os disgustare, primero
 este aviso quiero daros.
 El consejo es un espejo
 del sabio, miraos en él;
 y si no os parece bueno,
 porque os hace mala cara,
 ei que le dejéis apruebo;
 pero no le quebreis,
 que el que tiene algun defecto
 en la vista, cuando mira
 al cielo claro y sereno
 con ser espejo del mundo,
 le parece bien el cielo;
 mas siempre le deja sano
 dentro del entendimiento.

Heme declarado? *Alej.* Sí.
Arist. Pues decid. *Alej.* Estudme atento:
 Ya sabéis que fui inclinado,
 de mi heroico nacimiento,
 á la guerra, y que segun
 me inspira Júpiter regio,
 me anima mi corazon,
 me califica mi esfuerzo,
 y mi valor se acredita
 con los vitales alientos.
 Es poco ganar un mundo;
 yo juzgo que el universo
 á mi grandeza, no hay duda,
 le habrá de venir estrecho,
 porque segun mi valor,
 para que viva contento,
 ó se ha de ensanchar el orbe,
 ó se ha de hacer otro nuevo,
 porque este que está criado,
 es para mí muy pequeño.
Arist. No paseis mas adelante.
 Este militar aliento,
 es propio de vuestra sangre;
 pero lo que os aconsejo,
 que conserveis, si ganais,
 que el conquistar los imperios,
 mas consiste en la fortuna,
 que en la fuerza, el mantenerlos
 en justicia es el blason
 imperial del vencimiento,
 por ser mejor no ganarlos,
 que ganarlos, y perderlos.
Alej. Es verdad; pero decidme,
 quién dirá que este ardimiento
 hélico, aqueste valor,
 y este espíritu soberbio
 se ha sujetado al amor?
Arist. Quien lo ha de decir? Los mismos
 que os hicieron, esos Dioses
 que están en el firmamento.
 Venus os da su calor.
 Luego amor infunde Venus?
Alej. Yo adoro á Octavia, mas ella
 que viene á verme sospecho,
 y podrá impedir: - *Arist.* Oidme:
 El águila nueva, el vuelo
 que da primero, es salir
 á gozar de su elemento.
 El padre la va guiando,
 y la llama desde lejos,
 porque no pierda de vista
 del dichoso nido el cerco.
 Enamórase del sol,
 echase en sus rayos bellos,
 y calándose las plumas
 sobre la esfera del viento,

por introducirse rayo,
 toca la region del fuego.
 Llámala el padre, mas ella
 por agotar el lucero,
 ó no vuelve, ó vuelve tarde
 á su verdadero centro.
 Águila nueva salís
 del ámbito del gobierno.
 Yo como padre os aviso,
 y os llamo con el consejo,
 el sol de Octavia mirais,
 sus rayos os tienen ciego,
 siguiendo su estrella vais,
 llamaros es perder tiempo.
 En cuanto privan los rayos,
 no se admiten los conceptos;
 si volviéredes al nido,
 aquí teneis el maestro;
 si allí está la voluntad,
 aquí está el entendimiento,
 ó cegaos de todo punto,
 ó no me pillais consejo,
 que un espíritu no informa,
 cuando está sin vida un cuerpo.

Alej. Un oráculo de Apolo
 por maestro me dió el cielo;
 pero donde reina amor
 el sabio no tiene imperio.
Sale Octavia con un pañuelo en los ojos,
y Elena.

Octavia, mi bien? *Oct.* Señor?
Alej. Vos con llanto? Qué pesar
 pudo el cielo disgustar?
 Quién ha eclipsado el amor?
 Mi bien, qué os ha sucedido?
Oct. Lo que es fuerza que sepais.
Alej. Por qué, Señora, llorais?
Oct. Señor, porque os he perdido.
Alej. Siendo mi amor inmortal,
 perderme á mí no es posible.
Oct. Ser vuestra es imposible.
Alej. Qué decís? *Oct.* Estoy mortal!
Alej. Quién se me puede oponer?
Oct. El ser yo tan desdichada.
Alej. No hay desdicha, siendo amada;
 vuestro soy, y lo he de ser:
 quien os disgusta? *Oct.* Un rigor.
Alej. Quién le fulmina? *Oct.* Un pesar.
Alej. De dónde nace? *Oct.* De amar.
Alej. Quién lo ejecuta? *Oct.* Un traidor.
Alej. Contra quién? *Oct.* Contra mi fe.
Alej. La causa? *Oct.* Quereros bien.
Alej. Tengo yo la culpa? *Oct.* No.
Alej. Sabéis el autor? *Oct.* Sí sé.
Alej. Pues habladme claramente:
 sepa yo, divina Octavia,

quien os ofende, y me agravia.
Co. Escuchadme atentamente:
 Principe, y Señor, querer
 con finezas, y suspiros
 referiros que os adoro,
 que os idolatro, que vivo,
 en fe del amor que os tengo,
 que os debo dulces cariños,
 que anteponeis á la vida
 los riesgos, y los peligros,
 será escusado, supuesto,
 que entre dos que se han querido,
 cualquier encarecimiento
 es hipóbole sucinto.
 Dejo á parte las finezas,
 paso por los peregrinos
 frivores con que me honrais,
 supongo los albedríos
 en sola una voluntad,
 no alabo los siempre vivos
 afectos de nuestro amor,
 que no es tiempo, dueño mío,
 de traer á la memoria
 pandonores tan divinos,
 cuando está el honor pidiendo
 remedio contra el peligro.
 Hibrá seis horas, Señor,
 (con qué pesares lo digo!
 con qué dolores lo siento!
 y con qué penas lo explico!)
 que el capitán de la guardia,
 de parte del Rey Filipo
 vuestro padre, á quien los Dioses
 concedan de vida un siglo,
 llegó á mi cuarto con seis
 capitanes e cogidos
 de la guardia Macedonia,
 y con secreto me dijo,
 que entrase en una carroza,
 que me esperaba en el ci rzo,
 sin que diese de mi ausencia,
 ni de mi perdida indicio.
 Obedecíle turbada,
 sin poder dades aviso,
 por estar todos los pasos
 cerrados con los ministros.
 Entré en la carroza, y dando,
 con el secreto debido,
 el capitán á su gente
 todo el orden por escrito,
 los pegasos voladores,
 ligero parto del Nilo,
 en menos de media hora,
 á la puerta de un castillo
 me pusieron rodeada
 de cien soldados Cetinos.

Por el fuerte Mauseolo
 entré, cuyo obscuro sitio,
 al bajar un caracol,
 de la muerte retorcido,
 entendí que me llevaban
 al sepulcro del abismo.
 Sali á una cuadra, Señor,
 cuyo dorico edificio,
 con un trono autorizaba
 la magestad de su sitio.
 Sentados en él estaban
 Numancio, Fabio, y Lisipo,
 Sátrapas de Macedonia,
 y á su lado Federico,
 de la casa de mi padre-
 sangriento, y vil enemigo.
 Aquí, dijo en altas voces,
 viene Octavia de Utelino,
 duquesa, y de Macedonia
 hermosísimo prodigio:
 segunda Elena de Grecia,
 pues tiene al Principe invicto
 Alejandro, y sucesor
 de nuestro sacro Filipo,
 tan prendado, que desprecia
 el sugeto peregrino
 de Julia, hermosa princesa
 de los Imperios de Egipto.
 La desigualdad es grande,
 y si el Principe, vencido
 de su belleza, se casa,
 que es ignorancia decirlo,
 con Octavia, nuestro Imperio
 será escándalo nocivo
 de las gentes, y el remedio
 mas eficaz, y preciso
 es, que muera Octavia: aquí
 los jueces vengativos
 me ordenaron, que dijese,
 si estaba por vos rendido
 mi corazon, ó si vos
 violentabais mi albedrío.
 Yo entonces: (Aquí, Señor,
 es pretendo agradecido,
 os invoco generoso,
 y os aclamo compasivo.)
 Yo entonces, digo, llevada
 de lo mucho que os estimo,
 dije: Sátrapas de Grecia,
 y de su Imperio ministros;
 no solo quiero, idolatro,
 adoro, pretendo, sigo
 firme, amante, enamorada
 á Alejandro; pero digo,
 que los tormentos de Tebas,
 las prisiones de Caylo,

los cautiverios de Persia,
 las penas de los Asirios,
 los incendios de Caldea,
 y de Grecia los martirios,
 no serán todos bastantes
 á sacar del pecho mío
 al Príncipe á quien venero
 por amante, por benigno,
 por esposo, por señor,
 de potencias y sentidos.
 No hubo formado. Señor
 el último acento fino,
 cuando salió de una cuadra
 un riguroso ministro
 con un alfaque en la mano,
 cubierto el rostro atrevido.
 Ejecuta, dijo Fabio,
 presidente vengativo
 de aquel tirano consejo,
 nuestro decreto; en los siglos
 no quede memoria, no,
 de ese horrendo basilisco.
 En este dolor, en este
 impensado torbellino
 de males, se turbó todo
 este organizado vidrio,
 latió con inercadencias
 el material edificio.
 A eclipse tocó la vista,
 á ruinas los sentidos,
 á delirios las potencias,
 y los delirios á juicio.
 Adónde estás, Alejandro?
 Dije, con tiernos gemidos:
 por ti muero, dulce dueño,
 por ti me matan, bien mío,
 y en las aras de tu amor
 el alma te sacrifico.
 Aquí llegaba mi afecto,
 cuando de un culto retiro
 salió, que cubierto estaba
 de un rojo volante Syrio;
 salió el monarca mayor,
 que veneraron los siglos,
 (vuestro padre) á quien el orbe
 aclara el justo Filipo.
 Entre justiciero, y pio,
 asientome de la mano,
 (favor que anuló el suplicio)
 aquellas breves razones,
 con rostro grave me dijo:
 Duquesa, este horrible amago
 de la muerte que habeis visto,
 es de mi justicia un rasgo,
 y de vuestra ruina aviso.

La princesa Julia, esposa
 es del Príncipe mi hijo,
 vos estorbais estas bodas,
 contra el mandamiento mío.
 El amor que lé teneis,
 es conocido delirio;
 el que os tiene, vanidad
 de su juventud, y el vicio.
 Tomad estado, duquesa,
 á vuestra sangre debido:
 yo os daré esposo tan noble,
 que iguale al blason antiguo
 de vuestra casa: Alejandro,
 de Julia ha de ser marido.
 Si pretendéis el laurel,
 sino cesa este cariño,
 si al Príncipe no olvidais,
 si dais á su amor oídos,
 esta sentencia, este horror,
 este amago, este castigo,
 que solo tira á la enmienda,
 y no ejecuta el suplicio,
 por vida de mi corona,
 y de Alejandro, en quien miro
 la sucesion deste Imperio,
 que sea en vos un prodigio
 de la muerte, un desengaño
 de la hermosura del siglo,
 sepultando vuestra casa,
 vida, estado y señorío,
 en las sombras de la muerte,
 ó en los reinos del olvido.
 Esto dijo, y con el orden
 secreto, guarda y estilo
 que me llevaron, volví
 á palacio á dar aviso
 á vuestra Alteza, Señor,
 por quien muero, y por quien vivo.
 Y supuesto que los habéis:
 (O quien no hubiera nacido,
 para articular ahora
 este riguroso arbitrio!)
 Supuesto, digo, que el cielo,
 (no sé, mi bien, lo que digo)
 de los inmortales Dioses,
 de su solio cristalino,
 ordenan, quieren, decretan,
 mandan (temblo en decirlo!)
 que os goce Julia (qué horror!)
 que os pierda yo (qué martirio!)
 que me dejeis (qué pesar!)
 que me olvideis (qué delirio!)
 Viva la voz en el pecho,
 y muerta en el alma el brío,
 os pido, os suplico, os ruego,

si con vós han merecido
 tantos años de finezas,
 tantos dias de cariños,
 que ameís á Julia, Señor,
 que os riñáis á su albedrío,
 que su belleza adoreís:
 vuestro amor fué como el lirio,
 flor que nace por ser
 de las flores el martirio.
 Julia os merece, Señor;
 ella es princesa de Egipto,
 dichosa, y yo desdichada;
 segura, y yo con peligro.
 Halle gracia en vuestros ojos,
 y yo en los vuestros retiro;
 ella prive, y caiga yo;
 ella reine sin olvido,
 ella os goce, y yo lo lllore,
 halle premio, y yo castigo.
 Ella nació para amaros,
 no deis disgusto á Filipo
 vuestro padre, ni alteréis
 aquestos reinos unidos.
 Lo que fue ya pasó:
 ya no será lo que ha sido,
 llévase el mar lo llorado,
 el Babonio los suspiros,
 el céfiro los requiebros,
 y el olvido los cariños.
 Mi bien, mi señor, mi amante,
 todo el tiempo lo ha vencido,
 casaos con Julia, Señor,
 que yo sola sin alivio,
 sin alma, sin vida, muerta,
 sin amparo, sin auxilio,
 perseguida, desdichada,
 antes que os vea, bien mio,
 arrullar con otros brazos,
 asistir en otro nido,
 viviendo otra voluntad,
 y seguir de otro destino,
 daré mi vida á la muerte,
 para que digan los siglos,
 para que publique el orbe,
 para que sienta el abismo,
 la mas infeliz tragedia,
 el mas extraño prodigio,
 que vieron desde los cielos,
 astros, planetas y signos.

Alej. En todo el gusto ofendido,
 en toda el alma agraviado,
 con justa causa admirado,
 y con mayor suspendido
 quedo, si de haberte oido;
 y sobre el dolor tirano,
 el mas cruel, el mas vano,

el mas ingrato tambien,
 es decirme tú, mi bien,
 que á Julia le dé la mano.
 Todo lo que no es vivir
 de tu amor, es ofender
 la gravedad de mi ser,
 y es condenarme á morir.
 El Rey no ha de permitir,
 con cesareo señorio,
 violentar el gusto mio,
 dedicado á tu belleza,
 que la suprema grandeza
 no se opone al albedrío.
 Por los Dioses soberanos,
 que aunque supiera perder
 la vida. *Oct.* No, dueño mio,
 muchos años la goceis;
 mejor es que yo la pierda
 por adoraros, pues es
 el mayor blason quereros,
 y el morir por vos despues.
 Casaos con Julia, Señor,
 pues así lo quiere el Rey
 tenga la razon su esfera,
 la magestad su desel,
 su puntalon la corona,
 su cumplimiento la ley,
 el estado su lugar,
 y su decoro el laurel:
 muera yo por infeliz.

Alej. Vos me aconsejais, mi bien,
 que os pierda? *El lienzo en los oj s.*

Oct. Sí. *Alej.* Vos decís,
 que á la princesa le dé
 la mano de esposo? cuando
 habeis de ser mi muger?
 vos con llanto me pedís,
 que á otra dama quiera bien?

Oct. Sí, porque si de otra manera
 sé, gran Señor, que os perdeis.

Alej. Piérdase la vida, acabe
 la grandeza, y el poder,
 mejor es, que no escuchar,
 que con lágrimas llegueis
 á decirme, que me case
 con otra, si os quiero bien,
 con llanto pedis mi muerte.

Oct. La vida os pido con él,
 y la razon es muy clara,
 si la quereis entender.

Alej. De qué forma? *Oct.* No habeis visto
 quando la tierra tal vez
 está rebelde en casaree
 con el mas florido mes,
 que como es su amante el cielo,
 solo al cielo quiero bien,

y que porque no peligre,
y pierda la hermosa tez,
el cielo (de compasivo)
le va alhagando cortés,
y que con llanto la ruega,
que no se venga á perder?
Pues así yo, dulce dueño,
porque con Julia os caseis,
viendo que rebelde estais,
por ser conmigo fiel,
despido aqueste rostro,
cuyo nevado tropel
de lágrimas, derramadas
en favor de vuestra fe,
os conserven la grandeza,
y os afirman el poder:
porque no hay en el mundo,
ni nunca lo pudo haber,
remedio mas eficaz
para ablandar de una vez
los humanos corazones,
que lágrimas de mujer. *Salen Tabaco.*

Tab. Señor, que viene tu padre.
Alej. Qué dices? *Tab.* Que viene el Rey.
Elen. Con él viene la Princesa.
Alej. Mi bien, yo os veré despues.
Oct. Está bien, el cielo os guarde.
Alej. Yo, duquesa, dispondré.
Oct. Qué, Señor?
Alej. Ser vuestro esposo.
Oct. Miradlo, Señor, mas bien.
Alej. Qué he de mirar, dueño mio,
cuando el alma me teneis?
Oct. Dichosa yo, que merezco
tan sublimada merced.
Oís, Señor? *Alej.* Qué mandais?
Oct. Qué en fin mi esposo seréis?
Alej. Duquesa, el alma! *Tab.* Acabemos,
que viene triunfando el Rey.

Elen. Y á su lado la Princesa.
Oct. Dios te guarde. *vase.*
Alej. A Dios, mi bien. *vase.*
Tab. Oyes, Elena? *Elen.* Qué quieres?
No me puedo detener.

Tab. En gran peligro estamos.
Elen. Tabaco, dime, por qué?
Tab. Amiga, si se descubre,
(como suele suceder)
que los dos habemos sido
del hábito de pequé
terceros, nos han de dar
doscientos en el embé.

Elen. Yo, hermano, nunca he llevado
un papel, ni otro papel
á mi ama, ni á tu amo.

Tab. Ama mia, yo acabo

sino que de noche andais
con el hábito en los pies
de tercera. *Elen.* Quedo, quedo,
el jardin vos le teneis
cultivado á puro embuste.

Tab. Yo el jardinero seré,
mas vos ingeris las plantas.

Elen. Mentís, infame.

Tab. Esta bien:

no os hagais luego de pencas,
cuando con ella os den.

Vanse, y salen el Rey Filipo, la Princesa Julia, el Infante Camilo, y Aristóteles.

Rey. Vuestra Alteza, gran Señora,
me diga su sentimiento.

Princ. Vuestro claro entendimiento,
mi justa queja no ignora.
A casarme, gran Señor,
con el Principe he venido,
y es desaire conocido
de mi grandeza y valor,
que heredando, como heredo
por mi padre Julio Tyro,
el ser Princesa de Egipto,
heroico blason de Alfredo,
hallé al Principe preñado,
con amor tan peregrino,
de la duquesa Urelino,
objeto de mi cuidado.
Sin dar estado, Señor,
á la duquesa, sería
poner la soberanía
de mi esclarecido honor
á peligro de adquirir
un disgusto de por vida,
y á ser zelosa homicida
la magestad del vivir.
Y supuesto que la accion
es en mi naturaleza,
y que la misma grandeza
justifica mi passion:
deme Vuestra Magestad
licencia para partirme,
á donde el honor confirme
su imperiosa gravedad:
que mas quiero padecer
duelo en el desprecio mio,
que un zeloso desvario,
comata de mi poder:
que es oprobio conocido,
y no menos declarado,
venir á tomar estado
con esposo divertido.
Que la ley del pundonor
con decoro establecida,

manda, que toda la vida
viva con solo un amor.

Y si Alejandro porfia
en querer bien á esta dama,
viviendo de agena llama,
y muriendo de la mia,
no me está bien adorar
á quien no me ha de querer,
que adorar, y aborrecer,
es necedad singular.

Y así Vuestra Magestad
apague este incendio griego,
ó cásele Octavia luego,
ó se me dé libertad.

Que mas quiero generosa,
por conservar mi blason,
morir sin esta pasion,
que vivir, y estar zelosa.

Rey. Princesa, ya he prevenido,
para este daño presente,
el remedio conveniente;
ya Octavia tiene marido.

El Infante de Sidon
Camilo, del Rey de Tiro
hijo, cuyo ingenio admiro,
por su rara discrecion,
esposo será de Octavia.

Aristóteles? *Arist.* Señor?

Rey. De la eleccion, qué sentís?

Arist. Acertada es la eleccion
si vuestra rara prudencia
la egecuta sin rigor:
llamo sin rigor, mirando
con los ojos de la nacion
el tiempo mas conveniente
debido á la execucion:
porque hay tiempo en que no logra
la justicia, por veloz,
por activa, y rigurosa,
el alma de la razon.

Rey. Vos sois el primer ministro
de mi consejo: vos sois
mi mayor privanza: sea
vuestro parecer el sol
desta amorosa tormenta.

Arist. Camilo viene, Señor,
ofrecedle por esposa
á la Duquesa, que yo
os diré mi pensamiento:
luego hablaremos los dos.

Sale el Infante Camilo.

Rey. Infante, seais bien venido,
que ya os culpaba mi amor.
Cómo os na ido en la caza?

Inf. Del bosque de Macedonia
vengo, Señor, á rendiros

las gracias del superior
afecto con que tratáis,
quien para servir nació
vuestra superior grandeza.

Rey. Camilo, obligado estoy
á los muchos beneficios,
que de Tiro, y de Sidon
he recibido, y pretendo
(por debida obligacion)
casaros hoy de mi mano.
La Duquesa Octavia, es hoy
de la casa de Utielino,
(sangre mia) nuevo sol:
esta mereceis, Camilo,
por su rara discrecion,
por su hermosura, y por ser
de Macedonia blason,
ser vuestra esposa.

Inf. Qué escucho! *ap.*
cuando adorando estoy,
sin que este secreto sepa
otro que mi corazon.
Señor, por merced tan grande,
á vuestras plantas estoy,
anteponiendo el afecto,
á lo que puede la voz
articular, y pues llega
á decir el corazon,
lo que ha tenido el silencio,
á la Duquesa adoró
el alma por simpatia
de las estrellas, que son
inteligencias, que imponen
leyes á la inclinacion,
preceptos al albedrío,
y finezas al amor.

Rey. Dos bodas celebrará
Macedonia con honor,
la vuestra, y la de Alejandro.

Princ. Quien sin ventura nació,
tarde su fortuna logra.

Arist. Octavia viene, Señor,
conviene que la deis parte
deste concierto, que yo
diré lo que me dictare
la lealtad, y la razon. *Sale Octa*

Rey. Octavia? *Oct.* Señor?

Rey. No puede
humano poder violar
el decreto singular
de los dioses, porque excede
aquel impulso divino
á nuestra misma pasion.
El Infante de Sidon
por esposo peregrino
os ofrece mi grandeza?

estimad vuestra ventura.

Princ. Merece vuestra hermosura esta superior Alteza.

Inf. Y será inmortal en mi este lazo superior, como lo ha sido mi amor.

Oct. Qué desgraciada que fui! *ap.*

Cielos, qué escuchó! al Infante por esposo me ofreceis?

Rey. Sí, Octavia, vos mereceis tener tan dichoso amante.

Princ. Qué decís?

Oct. Que fue mi estrella alma del afecto mio, pues impone á mi albedrío leyes para merecerla.

(Ay de mí!) *Rey.* Bien se conoce, Octavia, vuestra cordura.

Princ. La nobleza se asegura cuando el honor reconoce.

Rey. Grecia á un tiempo ha de lograr dos casamientos, Duquesa, el de Julia la Princesa,

y el vuestro. *Arist.* Si á egeutar se llegan los dos, primero

se case con el Infante la Duquesa, que á un amante

sirve de norte el lucero que idolatra, y si se vé

en otra esfera eclipsado, lo que fue vivo cuidado

es desmayo de su fe.

Case Octavia, gran Señor, primero con el Infante; este arbitrio es importante.

Rey. Está bien. *Oct.* Sirva el dolor de apresurar á la vida

la muerte, pues la deseo.

Rey. Logróse nuestro deseo.

Princ. Su pasión es conocida.

Inf. Haga de mi dicha alarde el corazón venturoso.

Princ. El Infante es vuestro esposo.

Oct. Qué desdicha! El cielo os guarde.

Vanse todos, y queda Octavia.

Aquí dió fin mi esperanza,

aquí mi vida acabó,

aquí murió mi deseo,

y cesó mi pretension.

Era mia, claro está

que habia de morir en flor. *Salta Alej.*

Alej. Mi bien, Duquesa, qué es esta?

Sospecho, que el Rey sal ó

desta cuadra: bubo consulta

en agravio de mi amor?

Qué ordenó mi Ayuntamiento de Madrid de nuevo vos:

matadme, no viva yo!

porque no es justo que viva quien sin ventura nació!

Alej. Qué decís? *Oct.* Qué he de decir, querido dueño, y señor, sino que con el Infante mi desdicha me casó!

Alej. Quién lo ordenó?

Oct. Vuestro padre.

Alej. Es vana su pretension, no es posible. *Oct.* No es posible?

Alej. No, mi bien, viviendo yo: morirá el Infante, y cuantos se opusieren con rigor á impedir nuestro deseo.

Oct. Príve, Señor, la razón.

Oponeros al decoro de vuestro padre, y señor, ni lo permite el decoro, ni lo consiente el pundonor.

El casar con la Princesa es debida obligacion, por quien es, y porque el cielo así, mi bien, lo ordenó.

Revocar este decreto no es posible. *Alej.* Qué rigor! queréis que me case? *Oct.* Sí.

Alej. Gustáis que me case? *Oct.* No.

Alej. Declaradme aqueste enigma.

Oct. El alma lo declaró.

No habeis visto, que tal vez, al castigar con rigor la madrastra á un niño tierno, articula con la voz

el nombre de madre, siendo, por redimir el dolor,

ó malicia de la boca,

ó arbitrio del corazón?

Pues así yo como veo,

que en esta costosa union

corre peligro la vida,

digo, que os caseis, Señor;

pero qué viene á importar

en tan penosa ocasion,

que la boca diga sí,

si el alma dice que no?

Alej. Duquesa, y pretendéis

que muera, decidme vos

que le dé á Julia la mano,

para que diga mi amor,

viendo que vuestro cariño

en olvido se volvió:

para qué es, amor tirano,

tanta flecha, y tanta sol?

Y duplicando los ruegos,

de nuevo vos:

tanta munición de rayos,
y tanto severo harpon?
Volved, señora, á la aljaba,
pues veis que muerto estoy.

Oct. Si reparais, dueño mio,
en mi zelosa pasión,
yo podré decir, notando
de la Princesa el rigor,
de vuestro padre el poder,
(pues son contra mi opinión:)
para quien no se defiende,
bastaba fuerza menor.

Alej. Y yo qué diré, mi bien,
oyendo con tierna voz
decir á lo que venero,
(como á deidad superior)
que la deje, y que me case?
Esto dice quien amó?
esto escucha quien adora?
Pues en esta ocasión,
en esta horrible sentencia,
(que mi estrella fulminó)
no bastaba de unos ojos
el venenoso rigor,
sino flechas de buen aire,
y rayos de condición?

Oct. Que decís, Príncipe invicto?
así agraviais mi valor?
así castigais mi fe?
y así negais el amor,
que se debe por derecho
á fe que nunca mintió?
Yo no amaros? qué locura!
Yo faltaros? qué dolor!
Vivir sin vos? qué ignorancia!
Olvidaros? qué traición!
Sino olvida quien bien ama,
cómo puedo olvidar yo?

Alej. Pues por qué, hermosa Duquesa,
me pedís con llanto vos,
que case con la Princesa?
Por qué irritais mi valor?
Por qué despreciáis mi afecto,
y mi firme inclinación,
sabiendo, que vuestros ojos
mi culpa, y disculpa son?
y que fueron sus dos luces,
en competencia del sol,
dulcísimo laberinto,
del que en ellos se perdió?

Oct. Por qué, mi bien, porque en esta
atrevida oposición,
en esta adversa fortuna,
aunque muera mi opinión,
aunque lo sienta mi fama,
y lo murmure mi honor,

dulcemente apetezida
idolatra una pasión,
y como por ella muera,
os ruego, que améis, Señor,
por esposa á la Princesa,
aunque os engañe la voz,
que no es pequeña locura,
pues no la disculpa amor.

Alej. Antes moriré primero,
que le dé la mano yo.

Oct. Rayos en nublado arroja
vuestro padre. *Alej.* No observó
mi albedrío entre las leyes
reveras del ciego Dios,
del enojado planeta
la dura constelación.

Oct. Pues mirad, que nos anuncia
desde la estrella menor,
hasta el lucero mas grave,
severa disposición.

Alej. De las injurias del tiempo
si recatando me voy,
ya anticipa su prudencia
advertida prevención.
Y vos de mi vida impulso,
que con negros rayos, dos
hacéis al sol y la luna
afrentosa emulación.

No temais, aunque se oponga
el consejo superior
de Grecia á nuestros amores,
que he de casarme con vos.

Oct. Pues disponed de mi vida.

Alej. Esa idolatra mi amor.

Oct. La vuestra es el sol de la mia,
y luz de mi corazón.

Alej. Atrozísimo peligro.

Oct. Querido esposo y señor.

Alej. Menosprecio de la vida.

Oct. Alma de la estimación.

Alej. Permitid que las cadenas,
que tan puro amor forjó.

Oct. Ni se las atreva el tiempo,
ni la desesperación.

ACTO SEGUNDO.

Salen Octavia y Elena.

Elen. Hasta cuando, gran señora,
el llanto te ha de durar?
Deje un poco de imitar
al alba tu hermosa aurora.

Oct. Estas, que destila y llora,
lágrimas del alma son,
Elena con la pasión
de mi encierro verdadero,

luces que alumbran primero
mi difunto corazón.
Ojos, llorad, pues que vais
aquesta noche á morir:
para qué quereis vivir,
si tan mal os empleis?
Si con el Infante dais
la muerte á todo un amor,
vestid de negro al dolor,
que en este precepto justo,
siempre el casar á disgusto,
ha sido el luto mayor.

Elen. Con el Infante esta noche
te has de casar. *Sale Tabaco.*

Tab. Dónde voy?
está la Duquesa aquí?

Oct. No te turbes, aquí estoy:
qué traes, Tabaco? *Tab.* Señora,
el Príncipe mi señor,
sabiendo que soy criado
en la tercera region,
y que puedo, si yo quiero,
llevarle un billete al sol,
me ordenó que con secreto
(eso no lo diré yo)
que te diese este papel
sin ninguna dilacion,
porque importaba no menos
que la vida y el honor.
El papel es este, y porque
encontré al Emperador
Filipo, que guarde el cielo,
con su cara de leon,
y temo, que si nos ve
en este cuarto los dos,
haga de camino cuarto
con mi persona, me voy
sin respuesta, porque Julia
me ha prometido un jubón
con ducientos alampas,
vergonzosa guarnicion,
y queria hacerme de pencas
á pie, y á caballo no.

Hace como que se va.

Oct. Espera, Tabaco. *Tab.* Pienso,
que soy Tabaco de olor,
y quiero serlo de humo
en esta ocasion. *A Dios. vase.*

Elen. Abre, señora, el papel,
que aunque mudo tiene voz.

Abre, y lee. Dice así: Si en el sarao,
que por ley de Grecia al sol
en sacrificio se ofrece,
primero que el ciego amor
ate con una lanzada
uno y otro corazón,

te mandare el Rey, que des
al Infante de Sidon
la mano, responde, Octavia,
como soy tu esposo yo,
que aunque se pierda esta noche
Macedonia, con valor
sabré morir ó vencer:
Tu esposo Alejandro, A Dios.

Elen. Guarda, señora, el papel,
que la nobleza mayor
de Grecia acude á palacio;
y el Rey con la ostentacion
mayor que vieron los orbes,
á su lado el de Sidon,
Alejandro, y la Princesa
delante, zelanto al sol,
vienen á esta cuadra.

Oct. Cielos,
concededme con valor,
ó la vida en Alejandro,
ó sin él, para blason
de mi honor y mi fúezza,
la muerte, pues fue mayor
trofeo perder la vida,
que vivir sin gusto. *Elen.* Yo
sospecho, que aquesta noche
se descuaderna, en rigor,
á los impulsos de Marte,
todo el libro del amor.

*Tocan chirimías y atabalillos, y salen
Aristóteles, el Rey, la Princesa, el
Infante, el Príncipe, y para danzar
el sarao; el Mariscal y Damas, y si
hubiere dos mejor. Las Damas se sientan
á su tiempo en unas almohadas á la
esquina del estrado, y toda la compa-
ñía repartida á los lados.*

Arist. Si Júpiter soberano
no ampara con su poder
á Grecia, se ha de perder
con este incendio troyano.

Rey. La mayor felicidad,
aunque lo sienta el amor,
es sustentar con valor
la ley de la Magestad.

Princ. El Príncipe, con disgusto,
mal disimula sus zelos,
yo mis penas y recelos,
y Octavia su poco gusto.

Inf. La divina honestidad
de la Duquesa, asegura
su grandeza, y mi ventura
afectos de su deidad.

Alej. Aunque le peca al poder
esta regia monarquía,
ha de ser Octavia mía,

ó la vida he de perder.

Oct. Aunque la suerte homicida,

se oponga á mi señorío,

ó Alejandro ha de ser mío,

ó yo he de perder la vida.

Arist. Aquí ha de obrar la prudencia.

Rey. Aquí el poder ha de obrar.

Oct. Todo consiste en amar.

Alej. Con el amor no hay violencia.

Inf. Quién mi dicha ha de impedir?

Princ. Quién se me puede oponer?

Alej. Amor, morir, ó vencer.

Oct. Amor, vencer, ó morir,

y el mejor arbitrio es,

pues el amor me lo da;

pero el efecto dirá,

lo que se verá despues.

Rey. Nobles de Grecia, alentad

este lazo superior,

con el festivo primor,

debido á la Magestad.

Cumplid con zelo dichoso

el sarao, porque el Infante,

como verdadero amante,

le da la mano de esposo

á la Duquesa: esta ley,

por Aolo establecida,

y de Grecia recibida,

hoy confirmá vuestro Rey.

Haga Lidoro la salva

al sol deste casamiento.

Lid. Tu divino mandamiento

es la luz, saludo al alba.

Lidoro (habitiéndose sentado las damas

en su estrado, y el Rey, Alejandro,

y el Infante en sillas) haga reveren-

cia á los Reyes, danza, y despues sa-

que á empezar el sarao á una dama,

y como vayan los Músicos cantando,

danzan de dos en dos hasta que saque

el Infante á la Duquesa: ella deja

cuer el papel de Alejandro

á su tiempo

Mus. A las bodas felices, que el cielo

con Venus y Alonis celebra gentil,

en el solio sagrado de Delo

compiten á luces el Mayo y Abril.

Las deidades de Grecia dichosas,

que brillan luceros, y giran centellas,

con finezas del alma amorosas,

repiten auroras, y lucen estrellas.

Las mudanzas, que firmes abrazan

con coros helados volantes cometas,

estaciones se juran los regios planetas,

adonde las almas tocan perfectas.

Vuelven á repetir, hasta que danzan

do el Infante con Octavia, ella deja

caer el papel de Alejandro, y el In-

fantre le alza, y hacen la reverencia

uno á otro, y en tanto que él le

lee danzan otras dos.

Inf. Suplico á tu Magestad

cese el sarao, porque tengo

(ay de mí!) que hablarte á solas.

Arist. El Infante alzó del sueio

un papel de la Duquesa.

Rey. Alguna desdicha temo.

Alej. Qué hiciste, mi bien? *Oct.* Señor,

valerme de tu precepto;

tu papel leyó el Infante.

Alej. Cordura fue de tu ingenio.

Princ. La que nació sin ventura,

aró el mar, y sembró el viento.

Rey. Quedemos solos: no os vais,

Aristóteles, que creo,

que os he menester aquí.

Quedan el Rey, el Infante y Aristóteles.

Arist. Gran Señor, ya os obedezco.

Rey. Ya estamos solos, Infante,

decid vuestro sentimiento.

Inf. No puedo decirlo yo,

que es ofender mi respeto:

solo os digo, que mi honor

es solo de mi nacimiento,

á quien no eclipsaron nunca

los nublados del desprecio.

A la Duquesa Utelino,

fuese descuido secreto,

ó cuidado de su amor,

que sería lo mas cierto,

se le cayó este papel

de Alejandro, cuyo empeño,

en su valor es fineza,

y en mi altivez será duelo.

Leedle, y vereis por él

su firme amor, y mis zelos,

su atrevimiento, y mi agravio,

su intencion, y mi concepto.

Antes de haberme empeñado,

fuera mas justo leerlo;

por ahora solo pide

ese peligro el remedio.

Para con vos esto basta,

de vuestra casa soy deudo;

si Príncipe es Alejandro,

y heredero deste Imperio,

Infante soy de Sidon,

volved por mi honor os ruego,

y moderad de Alejandro

aquel impetu soberbio,

que hombres como yo no sufren

tan ciegos arrojamientos;

que si me excede en provincias,
le iguale en el nacimiento. *vase.*

Arist. Siempre temí, gran Señor,
de aquella causa este rayo,
y de aquel fuego este incendio.

Rey. Llamadme luego a Alejandro.

Arist. El viene aquí, gran Señor.

Sale Alejandro.

Rey. Vuestro parecer aprueba,
Alejandro, sin pasión:
es vuestro este papel?

Alej. Todo cuanto dice en él
escribió mi corazón.

Rey. Sabeis que al Infante di
a Octavia? *Alej.* Yo soy su amante;
y no he de dar al Infante,
lo que quiero para mí.

Rey. Qué decidís *Alej.* Que la Duquesa
de Utelino generosa,
si vos gustáis, es mi esposa.

Rey. Vuestra esposa es la Princesa.

Alej. Aunque á la obediencia ajusto
las leyes de mi valor,
no habeis de mandar, Señor,
que yo me case á disgusto.

Rey. Vos queréis por la Duquesa
perder un reino triunfante?

Alej. Yo se le doy al Infante,
y case con la Princesa.

Rey. Con liberales misterios
dais lo que el valor ganó.

Alej. En cuanto viviere yo
no me han de faltar imperios.

Rey. En qué lo fundáis? *Alej.* Lo fundo
en que aquesta monarquía
es para mi valentía

un solo jardín del mundo.

Este de muy buena gana

doy al Infante con gusto,

porque al primer disgusto,

se le quitaré mañana.

Y si he de ganar triunfante

el orbe, en quien me retrato,

no es mucho que de barato

á Grecia le dé al Infante.

Rey. Pues cómo vuestro valor
al amor se ha sujetado?

Alej. Porque nunca es buen soldado
el que no ha tenido amor:
y si yo no lo tuviera,
no me pudiera alentar
á vencer y á conquistar.

toda la redonda esfera.

Y es mi razón evidente,
y mi argumento acertado,
que al mas temido ha enseñado
el amor á ser valiente.

Arist. Haced del amor alarde,
y prudencia del valor.
porque este juicio, Señor,
se ha de reducir muy tarde.
Gran Señor, la voluntad
es esfera del honor,
y no se rinde al amor
la suprema Magestad:

que aunque es acto indiferente
el usar mal del poder,
es claramente ofender
lo grave del accidente.

Querer bien, será virtud,
cuando el propio sentimiento
no ofende al entendimiento,
desluciendo la virtud.

Amor no hace monarquía,
antes por él se perdieron.

Alej. Los que amaron, no admitieron
sutiles filosofías.

Arist. Amar por inclinación,
no es amar para ofender.

Alej. Quién os dijo, que el querer
no es alma de la razón?

Arist. Serálo cuando la fama
no pelagra en el sugeto.

Alej. Nunca se pierde el discurso
por querer bien á su dama.

Arist. La mejor cria del ser,
es amar con perfección,
por la luz de la razón.

Alej. Eso no puedo entender:
decidme, si estoy prendado,
no he de amar y perfar?

Arist. No señor, no habeis de amar
contra la razón de estado.

Alej. Si os quitáredes los años,
y tuviéredes mi pasión,
vos mudarais de opinión.

Arist. Saben mal los desengaños.

Rey. Basta, Alejandro.

Arist. Señor, *aparte ambos.*
si el enojo no templais,
á vos mismo os agraviais:
mirad que es ciego el amor.

Rey. Qué medio tomar se puede
en un negocio tan grave?

Arist. Lo que os puedo asegurar,
que en cuanto no se ausentare
el Príncipe de la corte,
no es posible que se aparte

de su amor. *Rey.* Muy bien decís, pero no quiere ausentarse.

Arist. Yo os diré, en estando solos, de que suerte será fácil: y por ahora os conviene alguna esperanza darle, de que ha de ser la Duquesa su esposa: porque quitarle con rigor deste cariño, es alentar nuevos males, y poner á pique el reino de perderse, ú de alterarse.

Rey. Y si el Infante pretende los mismos? *Arist.* Sepa el Infante de que tratáis que se ausente Alejandro, porque case al punto con la Duquesa: con que templará al instante su pasión, y sus recelos.

Rey. Vos sois político grande, y en todo vuestro consejo he de seguir.

Arist. Dios te guarde.

Rey. Alejandro, aunque pudiera vuestra altivez disgustarme, reparo que sois mi hijo; y así, con amor de padre, procuro vuestros aumentos: Aristóteles, que sabe la naturaleza vuestra, me aconseja que os ampare; y que si fuere posible, que con la Duquesa os case.

Alej. Es mi maestro, y señor, téngolo en lugar de padre.

Rey. No os doy palabra, ni puedo hasta saber del Infante el estado de su amor: solo os digo, que r para vuestra juventud briosa, que es secreto importante para lo que se pretende; y no es bien que se declare, y que á la Princesa Julia, como si fuerais su amante, por razón de estado ameis, que yo zelaré constante vuestra fe, porque veais logrado un amor tan grande.

Rechase á los pies del Rey.

Alej. A vuestras plantas, Señor, teneis esta viva imagen de amor, y obediencia. *Rey.* Alza! Alejandro, el cielo os guarde.

Vanse los dos, y sale la Princesa al paño.

Princ. Aquí está el Príncipe, tanor

pues sois zeloso juez, salgamos hoy de una vez deste mal pagado amor.

sale.

Alej. Aquí viene la Princesa, quiero hacer que no la he visto.

Princ. En vano el pesar resisto.

Alej. Voy á hablar á la Duquesa.

Princ. Alejandro! *Alej.* Gran Señora?

Princ. A solas os quiero hablar:

sentaos, y mi sentimiento, como Príncipe, escuchad.

No he de causaros, sabiendo que está sin gusto un galán con dama que no ha querido; yo seré breve, sin dar que decir al corazón, ni al alma que sospechar.

Vine á casarme con vos, habrá seis meses, y mas; años, para mi decoro; siglos, para mi deidad; para mi entereza agravios,

si yo me puedo agraviar. Prendado os halle, Señor, (que no lo podeis negar)

de la Duquesa Utelino, disimulé mi pesar,

hasta ahora para vencer tan grande dificultad, con no darme por sentida,

que en llegando á declarar una muger como yo

sus zelos, la magestad del cielo de su grandeza,

se desliza, si no cae.

Yo en efecto, no pretendo que por fuerza me queráis,

que fuera en vos ignorancia, lo que en mí temeridad.

No quiero que por estado (el arrojó perdonad)

os caseis conmigo, siendo este amor sin igualdad;

porque tener yo marido, y Octavia tener galán,

es infamia de la vida, y oprobio de la amistad:

que las leyes del honor escritas con alma están

en el libro de la honra, y no se rompen jamás.

Si á la Duquesa quereis, con ella os podeis casar,

y no conmigo, que yo no quiero el amor quitar.

este enigma desatad,
habladme como quien sois,
sin engaño ni disfraz,
que entre zelos y desdenes,
si me decís la verdad,
vos vereis si os está bien,
como á mí no me está mal,
que yo tenga entendimiento,
y vos tengais voluntad.

Alej. Pues habló tan claramente, ap.
mi padre ha de perdonar,
yo no he de engañar á nadie,
que la mayor falsedad
que hace un galán cuando quiere
á una dama, es engañar
á otra, con el pretexto
de que no la quiere mal. *al paño Oct.*

Oct. Con Julia el Príncipe? Quiero
lo que tratan escuchar.

Alej. Señora, lo soberano
de vuestra sacra deidad,
merece el laurel del mundo:
pero como siempre está
nuestro espíritu pendiente
del impulso celestial
de los dioses, nuestras almas
son virtud de aquel íman.
Antes de veros, Princesa,
(mi locura perdonad)
vi á la Duquesa Utesino;
necedad parecerá,
supuesto que la habeis visto,
el quererla yo pintar,
porque delante del sol,
(aunque ella es sol oriental)
no es justo que brillen rayos
de enemiga potestad.

Porque dama que desea
que la festeje un galán,
sabiendo que quiere á otra,
aunque sea una deidad
la primera, á la segunda
le ha de parecer muy mal.
Y supuesto que yo sé,
que os tengo de disgustar,
paso el retrato en silencio,
y voy al original.

Digo, pues, que á la Duquesa,
con tan firme magestad,
le di el alma; pero aquí
delito de amor será
dar que sentir á la vuestra,
porque en esta singular
fineza con que pretendo
encarecer mi lealtad,
micarísimo y mi desseo,

parecerá vanidad
que yo lo diga sin alma,
cuando ella la tiene allá.
Yo en efecto estoy prendado
de esta divina beldad,
y por esposa en el alma
está recibida ya.
Y supuesto que os he dicho,
sin embozo ni disfraz,
que adoro á Octavia, y que nunca
la he de poder olvidar.
El cielo, señora, os guarde
los años que deseais,
para gloria del imperio,
y honor de la magestad.

Oct. Bien haya tu vida, amen:
hay mayor felicidad!

Princ. Quedamos buenos?

Oct. Princesa? Señora? *Princ.* Ah
tormentos, cielos! *Oct.* Parece
que con disgusto os hallais?
qué teneis? *Princ.* Nada: yo muero!
qué desdicha! *Oct.* No me hablais?

Princ. Dios os guarde: para cuando,
cielos, mi muerte guardais?
muriendo me voy de zelos,
rablando voy de pesar.

Oct. Declaróse, pero cuando
no se declaran los zelos,
pues hasta los mismos cielos
sienten cuando están amando.

Sale el Infante. Aquí la Duquesa está:
si el honor es lo primero,
sepamos si vivo, ó muero.
Vuecelencia bien podrá
condenar mi atrevimiento,
pero no la generosa
voluntad con que venero
sus virtudes poderosas.

Oct. Qué me manda vuestra Alteza?

Inf. Suplicaba que me oiga,
pues le debe á mis finezas
atenciones milagrosas.
Su Magestad, que Dios guarde,
á quien debo tantas honras,
me ofreció vuestra hermosura,
como sabeis, por esposa.
Otorgó mi voluntad,
que cuando un amante adora,
ha menester pocos ruegos,
si su esperanza se logra.
En el sarao esa tarde,
con descuido, cuidadosa
me arroja.teis un papel,
saceta tan rigurosa,
que dió veneno á la vista,

y delirio á la memoria,
 En él os dice Alejandro,
 que á pesar del Asia toda,
 habeis de ser su mujer;
 yo vengo á saber, señora,
 si este lazo superior
 vuestro corazon otorga;
 porque si es de parte suya,
 y no de la vuestra, goza
 con el desengaño, el alma
 la seguridad que ignora.
 Esto pretendo saber,
 porque pueda el alma sola,
 ó vivir con el favor,
 ó morir con la lisonja;
 porque en tan grave peligro,
 es confianza costosa
 ignorar un desengaño,
 y alhagar una deshonra.

Al paño Alej. El Infante, y la Duquesa
 hablando los dos á solas!
 escuchemos lo que tratan,

Oct. Que vuestra Alteza me oiga
 le suplico, pues es justo,
 que yo cortés le responda.
 Y pues su noble accidente
 con todo un desprecio lucha,
 diré mucho si me escucha,
 y todo muy brevemente.
 Que yo idolatro á Alejandro,
 y que él me adora tambien,
 no es necesario decirlo,
 pues se lo dijo el papel
 que leyó, cuyos renglones
 con el alma veneré.
 El intento de arrojarle,
 como se vió, á sus pies,
 fue, porue haciendo mudanzas
 en el garao, ya se ve,
 no imaginase que yo
 las hacia por querer
 casarme con vuestra Alteza,
 pues nunca lo imaginé:
 que como yo no podia
 de palabra responder,
 le respondí por escrito:
 que si en los festines es
 el bailar hacer mudanzas,
 á mi dueño no agravié,
 que como danzaba firme
 el alma con buena fe,
 eran con vos las mudanzas,
 si las finezas con él.
 Bien sé que este desengaño
 no deja de ser cruel
 para quien está prendado,

como vos, en querer bien:
 pero si yo tango amor,
 y el amor no tiene ley,
 y yo por ley de razon
 amo al Pisacipe, no es
 sino noble el desengaño,
 que desengaño cortés,
 porque yo no puedo amar
 lo que no puedo querer.
 Que como está el corazon
 prendado, como se ve,
 de Alejandro, y Alejandro
 es su dueño, y lo ha de ser,
 no se ha de admirar ninguno,
 que en este pleito fiel
 mi corazon de justicia,
 lleve una vida de Rey:
 que vuestra Alteza merece
 el soberano laurel
 del mundo, nadie lo ignora;
 y que puede pretender
 la deidad de la hermosura,
 siempre lo confesaré;
 pero decirme que siga
 del Rey la forzosa ley,
 ni lo permite mi amor,
 ni lo consiente mi fe.
 Ser su esposa, no es posible;
 quererle, no puede ser;
 que tengo esposo, es seguro;
 que me quiere, yo lo sé.
 Él morirá por mi amor,
 yo por su amor moriré:
 Julia no tiene lugar,
 el Rey se cansa tambien.
 Y supuesto que este amor
 ha de tener mas poder,
 pues estoy determinada
 á morir siempre por él,
 no se cansa vuestra Alteza
 en amar, ni pretender,
 que Alejandro es mi marido,
 y yo he de ser su mujer.
 Y con esto á Dios se quede,
 que yo siempre rogaré
 al cielo le dé la vida,
 que su reino ha menester,
 para gloria del Imperio,
 y pundonor del laurel:
 suplicándole que diga,
 pues es discreto y cortés,
 porque ativie, como cuerdo,
 su pasion, y mi desden:
 Arde, corazon arde,
 que yo no os puedo valer.

Alej. Con valor le respondió

vase.

la Duquesa. *Inf.* Yo he quedado
zeloso y desesperado:
mas cuándo no lo quedó,
quien ama, y está prendado
de belleza semejante?

Viven los dioses! *Alej.* Infante?

Inf. Alejandro? *Alej.* Sa cuidado, ap.
es alma de su disgusto:
estais triste! Qué teneis?

Inf. Con la merced que me haceis,
nunca puedo estar con gusto.

Alej. No os entiendo. *Inf.* Mi pasión
muy bien se deja entender.

Alej. Esa pretendo saber.

Inf. No es esta buena ocasion,
vos la sabreis algun dia.

Alej. Haced del valor alarde,
porque para luego es tarde.

Inf. No es tiempo, ni yo podria
anteponer un pesar,
que me ha dado un desengaño,
hasta remediar el daño.

Alej. No lo podreis remediar.

Inf. La palabra que me dió
el Rey, me la cumplirá.

Alej. De su parte bien podrá,
pero de la mia no.

Inf. La ley de la Magestad
es el alma de la ley.

Alej. Esa voluntad del Rey,
pende de otra voluntad,

Inf. Pues miráralo primero,
antes de habérmela dado.

Alej. El prometió por estado.

Inf. Este estado es el que quiero,
porque quedaré muy mal,
si no logro con efecto
su palabra, y mi concepto.

Alej. Es concepto desigual.

Inf. Cómo desigual? *Alej.* Infante,
hablemos claro, yo quiero,
amo, idolatro, venero,
como verdadero amante,
á la Duquesa, y por ella,
vida, estado, poderío,
sér, imperio, señorío,
perderé por defenderla;
y la magestad, la ley,
el estado, la potencia,
la justicia y la violencia,
y todo el poder del Rey,
pues la tengo merecida,
no me han de poder vencer,
porque mi esposa ha de ser,
ó yo he de perder la vida.

Inf. Pues yo solo por mi honor

á este estado me prefiero.

Alej. Sabré mataros primero.

*Empuñando la espada, sale el Rey,
y Aristóteles.*

Rey. Qué es esto? *Alej.* Nada, Señor.

Arist. No hay que examinar el daño,
sino poner por defecto,
como Príncipe perfecto,
aquel político engaño,
á quien por ley general
llama con suma destreza,
segunda naturaleza
el dominio natural.

Rey. Alejandro? *Alej.* Gran Señor?

Rey. Retiraos á vuestro cuartio.

Alej. Vuestro gusto es mi obediencia.

Rey. Y vos, hasta que Alejandro
salga de la corte, estad
en el vuestro retirado,
que yo sabré como Rey,
la palabra que os he dado
cumplir, mirando, Camilo,
por vuestro honor: retiraos.

Inf. Como á dueño os obedezco,
y como á Rey Soberano. *vase.*

Rey. En fin, quereis que Apolonio,
que tiene al Persa cercado,
alce el cerco, pues sabiendo
que se retiró, Alejandro
se ausentará de la corte,
duelo haciendo del agravio.
Esto es el fin? *Arist.* Sí señor:
por la parte que el persiano
confina con vuestro Imperio,
se retire, que este daño
se remediará despues.

Rey. Ese arbitrio que habeis dado
para que Alejandro olvide
á Octavia, sino me engaño,
es contingente. *Arist.* Señor,
lo que yo tengo estudiado
aprobará quien hubiere,
como filósofo sabio,
estudiado en las escuelas.

Rey. Ejecutad todo cuanto
os distare vuestro ingenio.

Arist. Gran Señor, yo tengo dado
las órdenes convenientes,
solo falta ejecutarlo,
y lo que conviene oid.
Ya sabeis que cumple años
hoy el Príncipe, y que Grecia,
al convite celebrado,
que en público vuestro hijo
hace, Señor, en palacio,
con todo lo noble asiste:

y que por festejo raro,
las Damas, y las Princesas,
con magestad y aparato
le traen de Marte trofeos,
significando este lauro,
que Venus y Marte, Señor,
dos planetas encontrados,
que con la vista del uno
el otro ostenta milagros.
Y supuesto que este día,
para el arbitrio que he dado,
es tan importante, vos
al templo de Marte sacro
podeis ir, para volver
cuando fuere tiempo. *Rey.* Vamos,
que pues decís que importa
al aumento del estado,
es justo que se egecute.

Arist. Sois Príncipe soberano,
y á los que quieren ser doctos
favoreceis como sabio. *vinse.*

Salen á poner la mesa, con la ostentación posible, Criados, y Tabaco, y Elena que los ayuder, y los Músicos.

Tab. Cuándo, Elena, cumplís años?

Elen. Aun no los tengo medidos.

Tab. Tienes cuarenta cumplidos?
no me traes con engaños.

Elen. Aun no he visto saca muelas
en mi boca. *Tab.* Eso es verdad,
las mugeres de su edad,
siempre buscan saca abuelas.

Elen. No es mi cara muy perfecta?

Tab. Todas os peneis con vela,
sobre la cara de abuela,
cada día cara nieta.

Elen. Infame, dime, mi cara
del tocador? *Tab.* No te acuerdas
cuando te hice una visita,
y te hallé con treinta botes,
veinte y cuatro redonillas,
tres billetes de Gandix,
seis garrafas, y una arquilla,
que te daban á la mano
barro de alguna pescina,
necesaria providencia
de los cienos de Turquia;
y que sacando albayaldos,
moro blanco de bugia,
altañil de chineneas,
unas negras y otras tintas,
te enjalvegaste la cara,
y al cubrirla por encima,
dijo el rostro, buenas noches,
por no decir buenos días?

Y que luego salió á plaza
el sebo, la trementina,
el buen arrebol sin sol,
la mostaza, las lanillas,
la hiel de vaca, el piñon,
el azucar, el atincar,
los cortinos y los matas,
los limoncillos, las guindas,
el vinagrillo, los huevos,
las almendras, las pepitas,
el alcanfor, el carnero,
avenate, cevedillas,
raiz de lirio, neguilla,
gallina pieta, miel vírgen,
dátiles de Berbería,
cebellicas de azucena,
vinagre, taragantia:
y que de verte tantas
infernales sabandijas,
tocaron á descomer
el estómago y las tripas?

Díme que miento. *Elen.* Villano.

Tab. Calla, que el mundo se cifra
en solos veinte y dos años
que tiene ahora de vida
Alejandro, y toda Grecia
á verle comer convida,
los oídos á las voces,
las grandezas á la vista.

*Tocan las músicas, y sale el Príncipe,
Aristóteles, y acompañamiento: siéntase el Príncipe á comer, y cantan
los Músicos.*

Music. A los años de Alejandro,
que siglos felices sean,
coronando está de luces
el Dios de la cuarta esfera.

Arist. En tan venturoso día
debe, Señor, vuestra Alteza
hacer mercedes. *Alej.* Cantad.

Music. Mudemos de tono y letra.

Cant. A la hermosura de Octavia
saludaba el claro sol
con el clarín de sus rayos
divinas flechas de amor.

Alej. Buena letra: ahora puedo
hacer mercedes. *Arist.* Señor,
muchos nobles que son pobres,
te suplican. *Alej.* Siempre soy
amigo de la nobleza:
fuera de tener racion
en palacio, á cada uno
tres mil ducados le doy.

Arist. Qué grandeza! *Alej.* Proseguid
con la segunda canción.

Music. De los dos floridos meses,

la Diosa de Judimion
casta corona le ofrece
luz á luz, y flor á flor.

Alej. No hay quien pida mas mercedes?

Arist. Aquí viene, gran Señor,
una lista de los presos.

Alej. Ninguno quede en prision.

Arist. Los soldados que han servido.

Alej. Mi Tesorero mayor
les dé treinta mil ducados.

Arist. Qué magestad! Qué valor!

Tocan músicas, y van saliendo con las insignias militares la Princesa Octavia, y otra Dama, y como van llegando, digan.

Arist. Las insignias militares,
por ley de Grecia y blason,
las Diosas de Macedonia
consagran á tu valor.

Princ. Aunque zelosa, confieso
que sois valeroso joven,
segunda envidia de Marte,
primera dicha de Adonis.

Alej. Si os hirió amor con su venda,
mi afecto sus velos rompe
para ligar tus heridas,
los rayos del sol perdonen.

Oct. Es esa insignia de Marte,
por vuestra, la luz del Norte,
y los volantes de Venus
mis bien seguidos pendones.

Alej. Viven, por ley del amor,
en nuestros dos corazones
un mal vivo con dos almas,
y una ciega con dos soles.

Dam. Con diferentes afectos
mis flechas os coronen,
pues sin tirarme amor flechas
me coronó de favores.

Alej. A la que llevais delante
dedico mis tiernas voces,
que los firmes troncos mueven,
y las sordas piedras oyen.

Haciéndole reverencia, al son de Músicas, se van las Damas.

Alej. Qué hermosa va la Duquesa?
todo el poder de los Dioses
se ha cifrado en su belleza.

Tab. Oyes, Señor, sus dos soles,
pueden ser soles delante
de cuarenta mil Diótores,
pues en vez de tabardillos,
van pintando corazones.

Tocan cajas y clarines.

Alej. Qué militar y bélica armonía
en tan festivo día

incitan mi valor?

Dent. Al arma, guerra.

Alej. Tiemble el ámbito todo de la tierra:
qué es esto?

Sale Arist. Gran Señor, que Macedonia
se ha vuelto otra confusa Babilonia:

el general Apolonio,
que tuvo á Persia cerrada,
amancilló del Imperio
las esclarecidas armas.

Levantó el cerco, y el Persa
con vencedoras escuadras,
viene saqueando la tierra:
hora Grecia esta desgracia.
Qué dirá el mundo, Señor,
si ve las fuerzas postradas
de esta corona del mundo,
y deste laurel del Asia?

Qué dirá el orbe? *Alej.* Suspende,
Aristóteles, la infamia
de Apolonio, cuando el mundo
habrá *venezel* *entonces*,
si le acuchillo con esta
horrible del orbe parca.

Grecia vencida, viviendo
este corazón? Qué aguardan
mis soldados? Luego al punto
toque Macedonia al arma,
desencájense estos Polos
de las celestiales visagras:
aliste Marte su esfera

cuantas encendidas brasas
arden luci ntes cometas,
brillan centellas con alma.
Marchen las tropas al punto,
que antes que la antorcha sacra
deban luces al mundo
en seis mansiones del alba,
he de sujetar al Persa,
sin que de sus torres altas
memoria quede, que fueron
del campo azul atalaya.

Al arma, soldados míos. *Toquen.*

Tab. No te despidas de Octavia!

Ah, Señor! *Alej.* Dad orden luego,
que las legiones de guarda
marchen al punto. *Arist.* Llévose
la naturaleza sabia. *vase.*

Tab. Quereis ver á la Duquesa?

Alej. Toa al arma, toca al arma.

Tocan cajas, y al irse sale Octavia.

Oct. Principa, Señor, qué es esto?

Alej. Qué ha de ser, Octavia? Nada.

Oct. Mi bien, pues vos os partís
sin verme? *Tocan.*

Alej. Divina Octavia,

yo sin veros? Pero el Persa,
el clarín, la voz, la fama
me llama: Morais, mi bien!

Oct. Llora, Señor, mi desgracia:
servía mi corazón
al vuestro con vida, y alma.

Alej. Yo con el alma, y la vida
á una gallarda Greciana,
tan bizarra como hermosa,
tan amante como amada.

Oct. No lo dicen los clarines
cuando tocaron al arma?

Alej. El honor, querido dueño,
la reputación, la fama,
en mi corazón han sido
deste rebato la causa.

Todos, mi bien, avisaron
á las mudas atalayas

del ocio, que yo vivía
en los brazos de mi dama,
que oyó el militar estruendo
de las trompetas, y cajas.

Oct. Espuela de honor os pica.

Alej. Y el freno de amor me para.

Oct. No salir es cobardía.

Alej. Ingratitud el dejarla.

Oct. Salid al campo, Señor,
sangre viene la campaña,
que ella me será, sin vos,
duro campo de batalla.

Alej. Advertid. *Oct.* Salid aprisa,
los soldados os aguardan,
yo os liago á vos mucha sobra,
y vos á ellos gran falta.

Alej. No me enternecáis el pecho,
todo á Marte se consagra.

Oct. Bien podeis salir desnudo
de las militares armas,
que son bronces los rigores.

Alej. Qué decís, esposa amada?

Oct. Que teneis de acero el pecho,
pues mi llanto no os ablanda.

Alej. Duquesa, mi bien, mi dueño,
tan dulce como enojada,
dadme estos brazos. *Oct.* Qué pena!
id con Dios, que ya se arranca
de mi pecho el corazón.

Alej. Qué fortuna! *Oct.* Qué desgracia!
nunca yo hubiera nacido!

Alej. Yo os empeño mi palabra
de ser vuestro, y de poner
todo el mundo á vuestras plantas,
porque con honra, y con fe:

Oct. Yo me quedo. *Alej.* Y yo me parto:
vaya á los Persas el cuerpo.

Oct. Y vaya con vos el alma,

ACTO TERCERO.

Salen el Rey, y Aristóteles.

Rey. Triunfó al Persa Alejandro,
según lo dice esta carta,
y con el triunfo el imperio
en mayor peligro se halla.

Por no quererse casar
con Camilo, puse á Octavia
en prisión, y aunque se pierde
Grecia, del orbe envidiada,
ha de casar Alejandro
con la Princesa. *Arist.* Son tantas
las dudas, que la razón
ni se explica con palabras,
ni puede formar idea
en los secretos del alma.

Rey. Aristóteles, cerremos
la puerta á la confianza,
quede en los dos el secreto,
corra luego la palabra
de que la Duquesa ha muerto
en la prisión: muera Octavia,
porque pierda la esperanza
Alejandro deste amor.

Arist. Señor, el fuego que labra
el amor con el deseo,
dificilmente se apaga.
Poner á riesgo la vida
del Príncipe, á quien consagra
la sucesión del Imperio
el cielo, fuera venganza
indigna de la prudencia.

Rey. Póngase que no, la palabra
que di al Infante Camilo
de casarse con Octavia,
y á Julia con Alejandro,
se ha de cumplir. *Arist.* Si la traza,
segunda naturaleza,
en vuestra idea se halla,
qué puedo yo replicar?

Rey. El infante está en Betasia
y yo le daré á su tiempo
parte de la confianza
que entre los dos se acredita:
y al castillo de Girona,
adonde está la Duquesa,
pues que tan cerca se halla
de la corte, podeis ir,
y á su Alcaide, cosa es llana,
le direis este secreto:
y supuesto, que de Acaya
viene el Príncipe marchando
con su gente, y la distancia
de ir, y volver es tan corta,

con inteligencia sábia
dareis nueva de la muerte
de la Duquesa. *Arist.* La varia
fortuna nunca acredita
tan peligrosa mudanza:
milagro, Señor, mas bien.

Rey. Esto ha de ser: decretad
esta sentencia fingida,
viva inmortal en el alma.
Vos habeis de dar la nueva,
en virtud de mi palabra,
de que murió la Duquesa,
porque quede bien fundada
por vos la nueva. *Arist.* Señor,
aunque ha sido la crianza
del Príncipe ley en mí,
vos sois supremo Monarca,
obedecer á mi Rey
es lo que el cielo me manda.
Yo voy, Señor, á servirlos,
pero acordaos, que esta traza
difícil tiene el efecto,
aunque es tan fácil la causa.

Vase, y sale la Princesa.

Princ. Doy á Vuestra Magestad,
y á mí me le doy tambien
el dichoso parabien,
propio de mi voluntad.
De la feliz victoria,
que contra el Persa ha tenido
el Príncipe, pues ha sido
de su dolor nueva gloria.
Pero que mucho, si fundo
en su aliento singular,
que ha de venir á triunfar
de los términos del mundo?

Rey. Esa alabanza ha nacido
del amor que le teneis,
y es justo que le alabeis,
si ha de ser vuestro marido.

*Va saliendo acompañamiento de soldados, y detrás
Alejandro y Tabaco.*

Alej. Por aliento de Jupiter sagrado
en la grandeza vuestra colocado,
merezca mi obediencia,
de amor inteligencia,
el besaros la mano.

Arrodillase.

Rey. Siendo de Marte rayo soberano.
el trono militar, el quinto solio
será de vos eterno capitolio:
levantad á mis brazos.

Levántese.

Alej. Con tan dichosos lazos
será inmortal mi vida:
Vuestra Alteza deidad esclarecida,
Planeta superior de las beldades,
y honor de las eternas Magestades,

Princ. Es mi estrella tan cruel,
que no habiendo en mí mudanza,
pone á riesgo la esperanza,
siendo la fe tan infiel.

Rey. Pues vos habeis de dudar,
estando Octavia en prision,
la debida posesion?

Princ. Es difícil de mudar
el amor, si es verdadero,
en sugeto aborrecido,
que le transforma en olvido
en que se adquiere postrero.

Tocan cajas, y clarines, y dicen dentro.
Viva el invicto Alejandro,
hijo del sacro Filipo,
Príncipe de tres Imperios.

Otro. Viva. *Rey.* El Príncipe ha venido,
y en instrumentos marciales,
con laudes de Marte vivos,
el orbe le hace la salva.

Dentro instrumentos.

Princ. Y ya en coros repetidos
la armonia soberana,
Filomena de los siglos,
le aclama Adonis de Grecia.

Dentro la Música.

Mús. Viva el rayo de Filipo,
el sucesor del oriente,
que al Persa deja vendido:
inmortal su nombre sea
entre los dioses divinos.
En el templo de la fama
le ofrezcan en sacrificio.
laureles Jupiter regio,
Marte triunfos peregrinos.
Trinidad esferas, repartid zafiros,
que viva la diestra,
que triunfa el invicto
brazo poderoso del sacro Filipo.

me dé á besar su mano.

Princ. A la diestra de Marte soberano,
contra esfera será,
si bien dichosa,
el alma generosa:
esa os dedica, en fe de mi albedrío,
el justo afecto mio.

Alej. Qué novedad altera mi trofeo
el impulso mayor de mi deseo?
La Duquesa Utelino,
sol de mi amor divino,
con la Princesa no ha venido á verme:
disimule mi amor, que es ofenderme
culpar zeloso al sol
de que ha faltado
con su luciente luz á mi cuidado.

Rex. Quéó vencido el Persa?

Alej. De Sidonia
puse cerco, Señor, á Babilonia,
y asaltando sus dóricas almenas,
atalayas del sol, de rayos llenas
se cerró, con la ténue armonía,
el luminoso párpado del día.
A Susa pasé luego,
llevando la ciudad á sangre y fuegos:
recogieronse al fuerte de Virigo
los soldados, Señor, del enemigo.
Cerqué, sobre la inmensa pesadumbre,
aquel rayo de Marte, que en la cumbre
del epicicio propio de la luna,
inmortal su fortuna:
hizo por breves horas.
Ilegaron nuestras huestes vencedoras,
trepando á las murallas,
y apenas coronarlas:
pudieron de alentados corazones,
cuando se tremolaron sus pendones.
Desmontéle el altivo promontorio,
y dando vuelta al sacro consistorio,
ó al templo de Diana,
me puse sobre el fuerte de Brizana,
que en los confines de los Caspios montes
beben del sol los claros horizontes.
Los flecheros Brisones,
asaltando los bélicos balcones,
á un tiempo dispararon de la cumbre
una nube de dardos, que alumbrando,
del délfico planeta se opusieron;
tan diestros anduvieron,
que al bajar por los rumbos sucesivos
los clavarón en troncos medios vivos.
El fuente se abrasó, y tributarios,
quedaron los Siarios,
los Caspos, los Citones,
los Medeos, y Sidones;
y los fieros montes de la Hircania,

El Maestro de Alejandro.

alimentados de la sangre humana.
 El imperial ejército, pasando
 los términos, cortando
 la región de Babel, se puso luego
 sobre la corte del Persiano ciego,
 á quien el Tigris baña,
 y talando su périca campaña,
 en diez y siete días la rendimos,
 preso su Rey trojimos,
 incorporando á tu sagrado Imperio,
 desde el monte Cipro, al monte Beris.
 Veinte y cinco ciudades conquisté,
 siete naciones bárbaras domamos,
 quedando el nombre de Filipo solo,
 del uno al otro Polo,
 grabado en los Anales
 de esas láminas sacras imperiales.
 Y así, conquista, emprende, solicita,
 ta'a, reforma, da, castiga, quita,
 postra, rinde, sujeta, alaba, sigue, abona,
 pues no puede haber quien te lo estorbe,
 gime el mar, tiemble el Sol, caduque el orbe.

Rey. De nuevo mis brazos sean
 lazos de la estrella suma,
 que alienta mi corazón.
 que mis blasones ilustra.

Sale Aristóteles.

Arist. De mi obediencia forzado
 vengo á ponerme á la furia
 de una juventud soberbia.

Alej. Aristóteles? **Arist.** No duda
 mi lealtad de las finezas,
 con que vuestra Alteza Augusta
 favorece mis afectos,
 por la suerte importuna.

Rey Aristóteles, qué es esto?
 quién vuestras canas disgusta?
 qué ha sucedido? **Arist.** Señor:
 no sé yo como articula *Llorando.*
 palabras el corazón.

Alej. Ahora desdicha anuncia
 esta suspensión llorosa,
 aquesta elocuencia muda.

Arist. En el teatro del orbe
 hoy quiso por ley injusta,
 ostentar severamente
 sus decretos la fortuna.
 A los jardines de Aya
 la soberana hermosura
 de Octavia.

Alej. Qué escucho, cielos!

Arist. A quien el Mayo dibuja,
 fue, que las flores, Señor,
 de la vida mas segura,
 si viven al alba, mueren
 entre la noche confusa.

Eclipsado salió el sol,
 revuelto en sombras caducas,
 y entre trémulos desmayos,
 mal rebozada la luna.
 Melancólica, bajóse
 por una alameda adusta,
 de unos cipreses, que fueron
 del mar atalayas mudas.
 De ver su tristeza el agua,
 que por los pinucelos cruza,
 en paraismos de nieve,
 sino se hiela, se turba.
 Divertíanse sus damas
 con músicas que no gusta,
 cuya armonía ajustaban
 los facisoles de pluma.
 Caláronse por el viento
 algunas aves nocturnas,
 exploradoras cobardes
 de lóbregas sepulturas.
 La bellísima Duquesa
 se sentó sobre unas murtas,
 mirando de un arroyuelo
 la bien deslizada fuga.
 Sobrevinole un derribo,
 mensajero, que articula,
 con sus luces apagadas
 la sentencia mas segura.
 Volvió dél, articulando
 entre palabras confusas:
 yo muero, valedme, cielos!

Alej. La Duquesa?

Arist. Sí, en urna
 de nieve, la blanca rosa

perdió la color purpúrea.

Alej. Octavia?

Arist. Sí, gran Señor:
acudieron las confusas
damas que la acompañaban,
á invocar las luces sumas,
fue por instantes (qué horror!)
el accidente (qué injuria!)
creciendo, y fue de manera,
que aquella alba hermosa y para,
aquella viviente flor,
aquella aurora divina,
en un instante quedó
toda la color difunta,
sin aliento los vitales,
sin ornato la hermosura,
sin rayos de luz el sol,
y sin resplandor la luna.

Alej. Murió la Duquesa, cielos?

Rey. Quedóse una estatua muda,
Alejandro, obre el valor:
Príncipe, lo que pronuncián
desde su esfera los dioses,
sentencias son que se ajustan
con las leyes inmortales.
Donde la Princesa Julia
está, no pueden reinar
inferiores hermosuras.
Descansad, porque se logre
de vuestra victoria augusta
el triunfo: vamos, Princesa.

Princ. El sentimiento, no hay duda,
viendo muerta á la Duquesa,
que el corazón me atribula;
pero si es orden del cielo,
ahora podré segura
ser esposa de Alejandro.

Arist. Cumplí vuestra ley augusta.

Rey. La cumplisteis de manera,
con la fúnebre pintura,
que aun yo creí que era muerta
la Duquesa.

Arist. Como cumpla
de su Rey el mandamiento
el vasallo, no la culpa
el engaño, porque nace
del ingenio la cordura. *vanse.*

Tab. Ah, Señor?

Alej. Quién llama?

Tab. Tabaco, yerba maluca,
tan sonada por el orbe,
como la mala ventura,
pues te ve haciendo una sarta
de mundos, para que engullas,
Júpiter, pues los imperios
los tragas como graujá.

Ten valor para llevar
la ausencia de la mas pura
deidad, que formó de estrellas
la Diosa de la hermosura.
Sí, murió Octavia, Señor,
supta la Princesa Julia.

Alej. Calla, villano.

Dale.

Tab. Mácome,
porque me dió por la nuca.
Mala lanzada te den
á mano que tanto es dura.

Alej. Cielos, cómo no turbaís
esas centellas diurnas?

Octavia muerta, y yo vivo?

Segó la muerte caduca

la mejor flor de la tierra,

de los cielos la luz pura,

la perla del mejor nazar,

y el sol de la esfera suma.

Ya se eclipsó de mis ojos
la viviente antorcha, en cuya
sagrada llama, era Fenix
esta vida ya difunta.

Ya no he de verte, beldad,

con que los dioses se ilustran:

ya no he de gozar, Octavia,

de tu divina cordura,

de tus cariños constantes,

de tu gravedad augusta,

de tu beldad soberana,

y peregrina hermosura.

Así, mi bien, te ausentaste?

Así, esposa, honesta y justa,

dejaste, á quien idolatra

la deidad que el cielo ilustra?

O rosa, que deshojada

fuiсте á la aurora purpúrea!

O dulce paloma alata,

que volando á las cerúleas

compañías de fuego y nieve

las llamas de amor apucas!

Qué importa que me corone

de imperio la llama rabia,

ni que de mi nonbre tiemblen

las naciones mas adustas,

si al alma le falta aquella

que fue en la dorada cuna

del sol el movil primero

de mis potencias augustas?

Pero ya adivina el alma,

por seguras congeturas,

quien dió muerte á la Duquesa.

La razon de estado injusta

me quitó mi amada esposa,

porque casase con Julia.

Tirana ley, este lazo,

los renglones del vivir.

Pónese á escribir, y salen por una puerta Octavia, y un Alcaide.

Oct. Alcaide, vuestra lealtad,
en riesgo tan conocido,
sabrá premiar Alejandro.

Alc. El Emperador Filipo,
como os he dicho, ordenó,
(que fue riguroso arbitrio)
que corriera la palabra
desde Macedonia á Egipto,
de que erais muerta.

Oct. Ya sé
lo que os debo, Federico:
hablar pretendo á Alejandro,
para que sepa que vivo
en virtud de sus finezas,
luego volveré al castillo,
para asegurar el orden
que teneis.

Alc. Mi vida fio
de vuestra grandeza.

Oct. Yo
por esta parte he venido,
porque de mi cuarto tengo
las llaves: ¡cielos, qué miro!
escribiendo está Alejandro.

Alej. Parece que siento ruido:
quién es?

Oct. Mi bien, Alejandro?

Alej. Es ilusión del sentido?
es Octavia?

Oct. Sí, yo soy,
que vengo desde el castillo,
á donde he estado en prision,
á decirte, esposo mío,
que vivo, que el Rey tu padre
con este engaño ha querido
casarte con la Princesa.

Alej. Con el alma te recibo,
esposa, mi bien:
es sueño? Qué vives, dueño querido?

Oct. En virtud de que te adoro
ha vivido mi albedrío.

Alej. ¡hora venga la muerte.

Oct. Al Alcaide Federico
se debe aquesta fineza.

Alc. Mi vida te sacrifico.

Alej. Premiaré vuestra lealtad,
pues con valor habeis sido
el iris desta tormenta.

Alc. Por vos es gloria el peligro.

Oct. Señor, vuestro padre airado,
porque al Infante Camilo
negué la mano de esposa,
me envió presa al castillo

de Girona, donde es fuerza
que vuelva con Federico,
para asegurar al Rey.

Alej. Mi bien, lo que determino,
pues permitieron los dioses,
que mis ojos hayan visto
el ídolo que venero,
y la imagen por quien vivo,
es disimular mi agravio,
no darme por entendido
de que vivís, alentar
la pretension de Filipo
mi padre, ganar á un tiempo
los corazones altivos
de mis fuertes capitanes,
y el sacro laurel invicto,
que ha de coronar mi frente
en los venideros siglos,
dedicarle.

Oct. A quién? *Alej.* A vos,
adorado dueño mío.

Oct. Bien debeis á mis finezas
ese afecto peregrino;
y porque pueda venir
el Emperador Filipo,
vuestro padre á visitaros,
quiero volver al castillo,
que yo volveré, Señor,
con este secreto mismo
á veros, y á consultar
el remedio mas preciso.

Alej. Aunque sé que ha de costarme
este fogoso retiro,
el disgusto, que procede
de vuestro agravio y el mío;
antepongo vuestro honor
á gusto de los cariños,
que entre dos amantes logra
la fe de un casto designio.

Oct. En vano se cansa el Rey
pretender á un albedrío,
que es prisionero de amor,
pues vos le teneis cautivo.

Alej. Si se transforma quien ama
en el sugeto querido,
yo vivo sin libertad,
pues muero de lo que vivo.

Oct. Si viniere la Princesa,
advertid, dueño querido,
que si nació para amaros,
yo nací para servirlos.

Alej. Vos dudáis de mi firmeza,
sabiendo lo que os estimo?

Oct. Como nací desgraciada,
sin dicha mi estrella siga.

Alej. Si Alejandro es vuestro esposo,

qué teméis?

Oct. Nació de Egipto.

Princesa Julia, Señor,
yo Duquesa de Urelino.

Llorando.

Alej. Lloras, mi bien?

Oct. No, señor.

Alej. Con suspiros el sol mismo?
con lágrimas la aurora?
Advertid.

Oct. Nunca habeis visto
cuando arrancan un clavel
del tronco donde ha nacido,
que al gemir la verde rama,
y al dar el postrer suspiro,
enseña de que lo siente,
del alba arroja el rocío?
pues así mi corazón,
viendo que sus enemigos
le quieren sacar del pecho
el alma con que ha vivido,
de lo interior de los ojos
arroja aquesta rocío,
cuyo elevado elemento
es á fuerza de suspiros,
aljofar que le desata
del clavel de su cariño.

Alec. Aristóteles, Señor,
viene aquí.

Oct. Lo que os suplico,
que no olvidéis mis finezas.

Alej. De ellas pende mi albedrío.

Oct. Pues en esa confianza.

Alej. Será mi amor peregrino,

Oct. Será mi afecto dichoso.

Alej. Admiración de los siglos.

Oct. De los amantes egemplo.

Alej. De los laureles protiglo.

Oct. Para que publique Grecia.

Alej. Desde Macedonia al Nilo.

Oct. Q' e solo á Alejandro adoro. *vase.*

Alej. Yo á la Duquesa Urelino.
Aristóteles ha sido
quien dió este consejo al Rey,
política, cuya ley
ha fulminado el válido.
Aristóteles?

Sale Aristóteles.

Arist. Señor?

(Aquí importa la prudencia.)

Alej. Valeos de vuestra ciencia
contra mi justo dolor.

Arist. No hay ciencia contra el poder
que se ciega con razon
de una amorosa pasión.

Alej. Yo he llegado á conocer.

que vuestra ciencia me agravia.

Arist. A vos no os puede agraviar
la deidad mas singular.

Alej. Vos disteis la muerte á Octavia.

Arist. Yo, gran Señor?

Alej. Si.

Arist. Mirad,
que soy del honor espejo.

Alej. El Rey, por vuestro consejo,
(esta es segura verdad)
á Octavia puso en prision,
y por materia de estado,
dejó su sol eclipsado;
pero sabrá mi pasión,
de aquella deidad sagrada,
rayo de mejor oriente,
vengar la sangre inocente
con los filos de mi espada.

Arist. No habreis, Señor, conocido
al hombre que os ha criado.

Alej. Del Rey estoy agraviado,
y de vos muy mal servido.

Arist. Yo nunca puedo servir
mal, si me ajusto á la ley,
porque quien sirve á su Rey
es lealtad hasta morir:
de mí la obediencia aprende
á servir al superior.

Alej. No es de buen maestro de honor
el que al discípulo ofende.

Arist. Mi consejo nunca dió
aliento á la tiranía,
que el vapor se opone al día,
pero nunca le eclipsó.

Alej. Vuestro consejo fue ley
del estado, y no fue sabia,
pues le dió la muerte á Octavia.

Arist. Yo solo sirvo á mi Rey.

Alej. Luego ya habeis confesado,
que fuisteis el movedor
deste criminal error?

Arist. Yo sirvo como criado.

Alej. Luego aquel sol inocente
no murió con pena igual
de su muerte natural?

Arist. Murió de humano accidente.

Alej. Los consejos interiores,
aunque tan secretos fueron,
los cielos los descubrieron,
no trato de los traidores,
que yo sabré conocellos,
y los sabré castigar.

Arist. No ocupó yo ese lugar.

Alej. Pues vos sois uno de ellos.

Arist. Yo traidor? Mi fe condeno,
si á ese título la igualo,

que nunca un maestro malo
sacó discípulo bueno.
Si ciencia entre los dos,
como padre repartí,
llamándome traidor á mí
es agraviaros á vos.
Por clases tan inhumanas
no pasó mi mocedad,
porque de estudiar lealtad
me salieron estas canas.
Yo traidor? Pesar de mí?
Os enseñé la lición
alguna vez con traición,
cuando verdades leí?
Discípulo sin piedad
os halla mi pensamiento,
pues dándoos entendimiento,
me negais la voluntad.
Yo traidor? No viva, no,
esta ceda ruina,
que pues murió mi doctrina,
es justo que muera yo.
Si en el honor me tocais,
la vida os puede decir,
que si os enseñé á vivir,
vos á morir la enseñais:
y pues con desprecio hallo
el honor en que me fundo,
conquistad, Señor, el mundo,
pues yo trato de dejallo:
que mas reinos, por igual,
os tengo yo grangeado,
adquirido, y conquistado
con el valor racional,
que cuantos en el abismo
de la ambicion puede habers,
pues os enseñé á vencer,
como sabeis, á vos mismo.
Y así, maestro de honor
puede buscar el estado,
porque no esté acompañado
un Príncipe de un traidor.

Hace que se va.

Alej. Aristóteles, oid,
no os vais, que tengo que hablaros.

Arist. Qué es lo que me mandais?

Alej. Llegad,
y dadme luego los brazos,
por maestro, y por amigo.

Arist. En ellos os he criado;
pero brazos desleales
no son de un Príncipe.

Alej. Vamos
á lo que importa, que yo
os estimo como sabio,
y como tal, un consejo

os ha de pedir, notando,
que mis palabras son leyes
de mi valor soberano;
y porque veais que tengo
de vos justa queja, al caso
hemos de ir, porque consiste
en él la vida de entrambos.
La nueva que me trajisteis,
cuando yo llegué á palacio,
de haber muerto la Duquesa,
no es cierta, porque fue engaño
de mi padre, presumiendo,
con este pretexto falso,
que yo casase con Julia;
en todo no he de culparos,
que las órdenes del Rey
obedecen los vasallos.
Octavia ha venido á verme,
que Federico, obligado
de su grandeza, le dijo
el secreto: yo he notado,
que se ha de perder el reino
si á Octavia le doy la mano
de esposo, porque con Julia
no ha de casar Alejandro.
Ya os descubrí mi secreto,
y pues de vos me he fiado,
ordenadlo de manera,
que queden asegurados
los tres Imperios de Grecia,
sin guerra aquestos estados,
Julia sin la pretension,
mi padre desenojado,
la Duquesa sin peligro,
y yo con ella casado.

Arist. El sabe todo el secreto: *ap.*

si Jupiter soberano
no pone su diestra aquí,
Troya ha de ser el palacio,
y el mundo; y así conviene
luego al punto remediarlo.
Señor, vuestro padre viene,
luego hablaremos de espacio,
porque tan grave materia,
pide consejo muy sabio.
Yo lo dispondré de modo,
(asegurando el estado,
y cumpliendo con las leyes
de maestro y de vasallo)
que logreis vuestro deseo.

Alej. Mi honor pongo en vuestra mano.

Arist. Vos concereis, Señor,
en lance tan apretado,
que Aristóteles ha sido
el Maestro de Alejandro.

Vanse, y salen el Rey, y el Infante.

Rey. Infante, siempre las leyes de mas antiguo blason, fueron con obligacion las palabras de los Reyes: Octavia vive, y será vuestra esposa con efecto, y entre los dos el secreto debida esfera tendrá.

Inf. Ya sé, Señor, el intento, y el secreto guardaré, para que lozre mi fe tan felice casamiento.

Rey. A los Grandes he llamado para que juren primero por legitimo heredero al Príncipe: ajustado este decreto, despues cassará con la Princesa.

Inf. Con tan grande arbitrio, cesa el militar interés, que amenazaba, Señor, este Imperio, y yo consigo, siendo Alejandro mi amigo, el mas divino favor; pues siendo Octavia mi esposa, en mí un esclavo tendréis.

Rey. Vos, Infante, merecéis gozar la Duquesa hermosa, pues con este casamiento, y el de Alejandro, consigo el triunfo del enemigo Sirico, que con violento escuadron pretende entrar por vuestro reino.

Inf. Señor, solo con vuestro valor me pudiera yo alentar.

Rey. Vamos, para prevenir, que esta noche el Parlamento dé al Príncipe el juramento.

Inf. En todo os he de servir.

Vase, y salen la Princesa, y Tabaco.

Princ. Tabaco?

Tab. Señora? Aquí

(sabe Dios lo que me pesa) ap.
di en manos de la Princesa.

Princ. Fuieste á la guerra?

Tab. Si fui?

bueno es eso: en Montezumo maté siete mil de un taco.

Princ. Y de qué suerte, Tabaco?

Tab. Dites tabaco de humo.

Princ. Dime, el Príncipe?

Tab. De espacio.

Princ. No te tuvo por tercero de Octavia?

Tab. No, que primero tuvo su cuarto en palacio.

Princ. No eres tú del nuevo empleo quien los papeles llevaba?

Tab. Si señora, yo le echaba las cartas en el correo.

Princ. De ti Octavia se fiaba cuando la carta escribía?

Tab. La noche que yo venia, siempre la hacia cerrada.

Princ. Sintió su infelice suerte?

Tab. Algo tiene de homicida.

Princ. Hace extremos por su vida?

Tab. Por su vida y por su muerte.

Princ. Quiéreme?

Tab. A mas no poder.

Princ. Adora su muerta estrella?

Tab. No está tan ciego por ella, que á ti no te puede ver:

y es tanto lo que prefiere, despues que Octavia murió, tu persona, que sé yo, que en mirandote se muere. Ayer me dijo en la mesa, pues sin Octavia me queda, desde ahora, amigo, puedo ver de espacio á la Princesa: y desta razon se infiere, pues ya se muere por verte, de que no puede quererte mas de aquello que te quiere.

Princ. Qué dices?

Tab. Lo que has oido, y lo que yo he reservado es propio para callado, y mejor para reido.

Princ. Pues antes que jure el reino por Príncipe poderoso á Alejandro, y á su lado me vea en el sacro solio, le he de escribir un papel, porque si ha de ser mi esposo, me responda libremente su sentimiento, que es propio de quien escribe, decir su pasion: ya el negro adorno de la noche eclipsa el dia, trae luz, y espera solo en aquesta galeria.

Pone luces, y sientase á escribir, vase Tabaco.

Tab. Aquí la luz acomodo.

Princ. Empleo á escribir.

Tab. Y yo me retiro poco á poco.

Al paño Octavia.

Oct. Del castillo vengo, y todo el palacio anda revuelto: por estar el Rey con otros Príncipes, no pude entrar por mi cuarto, y es forzoso por el de Julia. Qué veo! Aquí el peligro es notorio: el Rey viene, obre el ingenio, pasemos de aqueste modo delante de mi enemiga.

Pasa delante de Julia muy severa, y se admira.

Princ. Válgame el cielo! Qué asombro! Qué horror! Octavia no es esta? Sin duda del sacro trono de los dioses ha bajado. Duquesa, yo dudo como el Rey, Alejandro, el cielo, Federico, Arnesto, Astolfo.

Salen el Rey, y todos.

Rey. Princesa Julia, qué es esto?

Princ. Señor, con severo rostro, la difunta Octavia, ahora fue relámpago á mis ojos: yo vi á la Duquesa.

Rey. A quién?

Princ. A Octavia, que dando asombro con los rayos de su ira, la exhalacion de su enojo á la noche.

Rey. Qué decís?

Alej. Orden traigo para todo *ap.* de Aristóteles. Princesa, ese fue engaño notorio: la imaginacion ofiece semejantes alborotos al ánimo.

Inf. Asi es verdad, porque representa á todos las mas vecinas especies, y así produce estos monstruos, visibles en lo aparente.

Rey. Sosegaos, que vuestro esposo es Alejandro, no prive esa vision, ese asombro en vuestro ánimo constante.

Alej. Por mi dueño os reconozco; y para que al alma sea nuestro noble desposorio, á jurar vienen los grandes este lazo misterioso: *se sientan.*

Princ. Vida habeis dado, ó Principe generoso, con estas nobles palabras, á mi corazon heroico.

Sale Aristóteles.

Arist. Octavia vino, Señor, ya está todo prevenido.

Rey. Dése principio á la fiesta.

Arist. Las demás con alborozo, por principio de alegría, antes que el lazo amoroso logre el debido trofeo, representan en el trono de Jupiter, pues que bajan fingidas diosas al solio, una comedia festiva, y despues de ella, con adorno, y magestad, jurarán por Príncipes poderosos á Alejandro, y la Princesa, cuyo regio capitolio es, Señor, el que la vista infunde respeto y gozo.

Rey. Empiécese la comedia.

Arist. Los instrumentos sonoros suspenden con su armonía los mas elevados coros.

Dama 1. Quien vive de lo que adora, ninfas sagradas del mar, poco tiene de infelice, mucho goza de deidad.

Dama 2. Felicidad y hermosura tarde se suelen juntar, que el sol de la dicha tiene por norte la vanidad.

Por los dos lados de el tablado vengán dos damas con dos apariencias, ó aracelis, cantando hasta el tablado.

1. Diosa del Parnaso, al solio de la Princesa bajad, vereis en dulce Himeneo la Diana que adorais.
2. El bello clarin de pluma, turbado del cielo ya, con voz sonora alude la délfica magestad.

1. Diosa de Jupiter sacro, Aurora, y casto lucero, bajad á dar luz á la tierra, goce la tierra del cielo.

En acabando esta música, baja Octavia en una nube ó trono al tablado.

Rey. No es Octavia la que miro!

Inf. Octavia no es esta, cielos!

Princ. No fue vana mi ilasion.

La Duquesa.

Oct. Dárenos

Sacro Emperador Filipo,

Príncipe de Grecia excelso,

Octavia soy, que he bajado
de los palacios etereos,
por mandado de los dioses,
á darle la mano luego
de esposa al Príncipe.

Alej. Lo que ordenaron
los dioses obedecemos
los Príncipes, y en el solio
nos jurará todo el reino
por Príncipes soberanos.

Rey. Alejandro, qué es aquesto?

Alej. Obedecer de los dioses
el divino mandamiento.

Rey. Á mi grandeza este agravio?

Arist. Gran Señor, lo que los cielos
ordenaron, fuerza humana
no se opone á su decreto.
El Príncipe, gran Señor,
tiene las fuerzas del reino,
Octavia de la prision
vino á verle con secreto:
yo como muy fiel vasallo,

porque estos nobles Imperios
con guerra no se abrasasen,
dí al Príncipe este consejo.
La palabra que habeis dado
al Infante.

Inf. No la acepto,
supuesto que adora Octavia
al Príncipe: y desde luego
suplico al Emperador
confirme lazo tan regio.

Rey. Mi palabra ha de cumplirse,
dándole la mano luego
el Infante á la Princesa:
llevando en dote el Imperio
de Siria. *Princ.* Yo lo confirmo,
pues lo ordenaron los cielos.

Alej. Y yo, y Octavia, Señor,
por favores tan supremos
besamos tus pies reales.

Tab. Porque demos fin con esto
al Maestro de Alejandro,
perdonando nuestros yerros.

F I N.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. AÑO 1825.

Se hallará en su misma librería, calle nueva de San Fernando, núm. 64, junto al Mercado. Igualmente un gran surtido de retacería, estampas pintadas y negras, comedias, sainetes y unipersonales.

Ayuntamiento de Madrid